407

LA TRAGEDIA DEL PELELE

CARLOS ARNICHES

LA FARSA

FARSA COMICA EN TRES ACTOS

Cubierta de este número:

Aurora Redondo

y

Valeriano León

en una escena de

La tragedia del pelele

Foto. Contreras y Vilaseca

LA TRAGEDIA DEL PELELE

D 13.846

CARLOS ARNICHES

LA TRAGEDIA DEL PELELE

FARSA COMICA EN TRES ACTOS

ORIGINAL

Estrenada en el Teatro Cervantes de Madrid la noche del 9 de abril de 1935.

BIBLIOTECA ALICANTE

DIBUJOS DE ANTONIO MERLO

la farsa

AÑO IX || 6 DE JULIO DE 1935 || NÚM 407

MADRID

REPARTO

POR ORDEN DE APARICION EN ESCENA

PERSONAJES	ACTORES
Felipa	Julia Medero.
Reme	Aurora Redondo.
Pepe Fuentes	Francisco Melgares.
Nini	Carmen Caballero.
Roquita	José M. Navarro.
Meli	Araceli Rodríguez.
Campitos	Abelardo González.
Gonzalo	Valeriano León.
Luisa	Isabel Redondo.
Daniela	Consuelo Nieva.
Don Evaristo	José Alfayate.
Nolo	José Porres.
Grego	Herminia Mas.
Rafael	Julio Costa.

La acción en Madrid. Actualmente.

ACTO PRIMERO

Como mano de Santo

actúa el

Cerebrino Mandri

devolviendo al cuerpo la salud, agilidad y las energías perdidas; al disolver el ácido úrico y las impurezas de la sangre que producen la diátesis artrítica y son causa del poliformo síntoma dolor en sus manifestaciones agudas y crónicas.

¡Recuerde siempre!
Contra el dolor tenemos lo mejor

CEREBRINO MANDRI

Producto Nacional -:- Nunca perjudica

Preparado por: Fco. Mandri, Médico y Químico-Farmacéutico

Super-alimento PHOSMIL para sanos y enfermos

La acción en el gabinete elegantísimo de una "garçonniere" que habita Gonzalo. Al foro, un ventanal grande, practicable, que da a la calle. Puerta a la izquierda, y dos, más pequeñas, a la derecha. Divanes amplios, mesitas bajas, silloncitos cómodos. Todo suntuoso y de muy buen gusto.

ESCENA PRIMERA

(Al levantarse el telón la habitación está en tinieblas sólo esclarecida por la bombilla azul de un pequeño portátil que luce sobre una mesita su escasa claridad. Por ella se ven sobre otra mesa baja restos de una cena fría, copas de "champagne" a medio vaciar y algunas botellas vacías completamente, y de ellas dos o tres que han rodado por el suelo. En una "chaisse-longue" duerme MELI, *con un disfraz sugestivo, muy escotada, y en su descuido tiene las piernas al aire. En el suelo, sobre una piel, y próxima al diván, con otro disfraz caprichoso y en postura parecida, duerme* NINI *apoyada la cabeza sobre el almohadón.* PEPE *está echado con descuido*

sobre una butaca; va vestido de frac, con la pechera arrugada, la corbata deshecha y despeinado. Por debajo de esta butaca asoman las piernas de CAMPITOS, *otro concurdáneo, vestido de "smoking", y junto al balcón, y con "toilette" de etiqueta, pero en mangas de camisa,* ROQUITA, *durmiendo en el suelo sobre almohadones y tapado con una alfombrilla. Se ve que por allí ha pasado una juerga de espanto. En suelo estará lleno de confettis, y se verán algunas serpentinas enredadas en los aparatos de luz y en los palos de las cortinas. Después de levantarse el telón, momento de pausa. Durante ella se oyen ronquidos suaves y respiraciones anhelantes. Un reloj lejano, de la casa, da las ocho. A poco entran la* SEÑORA FELIPA *(ama de gobierno, cincuentona) y la* REME, *doncella joven, con traje de trabajo y delantal con tirantes. Esta muchacha lleva los pelos revueltos, rizados, y tiene la expresión un poco hostil y dura, cosas que le dan un aire indómito y de persona malhumorada. Trae en la mano un reloj despertador. Entran casi de puntillas. La señora Felipa coge el portátil e ilumina aquel cuadro para hacerse cargo de él.)*

FELIPA.—¡Madre mía, qué espectáculo!... ¡Fíjate!

REME.—Tenga usté cuidao, que aquí hay un caballero o cosa así... ¡No vaya usté a pisarlo!

FELIPA.—Y aquí una señorita tirada, valga la frase, vestida de no sé qué...

REME.—¡Pues fíjese usté en esta otra! ¡Desnuda de no sé qué!

FELIPA.—¿De qué va disfrazada?

REME.—De mollas; no le veo más que carne.

FELIPA.—¡Y aquí dos señores más!... ¿Quién los habrá desparramao?

REME.—El vino. Mire usté: comida, botellas, antifaces...

FELIPA.—¡Qué juergazo!

REME.—De los de no te menees. Y así están ellos. En cuanto vienen los Carnavales, ya se sabe.

FELIPA.—Ese señorito Gonzalo no tie enmienda. Yo no he visto un retaco más bebedor, mujeriego y juerguista que ese chisgarabís; y fíjate de qué puntos se rodea. Este el señorito Pepe Fuentes, Pepe Fu, que le dicen.

REME.—¡Menudo borracho!... ¡Bebe el vino con embudo!

FELIPA.—Como que a éste lo emplearon en la casa de González Byass pa que les corriesen los vinos y le tuvieron que dejar cesante.

REME.—¿Por qué?

FELIPA.—Porque no se los corría; se los tambaleaba.

REME.—¡Valiente gentuza!... ¡Qué asco tengo, madre!... ¡Amos a tirar too esto a la basura, y vámonos de aquí!

FELIPA.—¿Pero qué dices?

REME.—¡Yo no puedo aguantarlo! Ver que lo engañan, que lo arruinan, que lo maltratan a ese tonto de señorito y...

FELIPA.—¿Pero qué vamos a hacer nosotras, unas míseras criadas?... Además, ¿cómo me lo dejo yo, que he sido niñera suya y doncella de su mamá, que le prometí antes que se fuera del mundo no abandonarlo nunca? Pues el día que le dejemos nosotras toda esta gentuza que le rodea le acaba de hundir en la miseria.

REME.—Que le falta poco. ¡Y el desgraciao creyéndose un conquistador y que todas estas golfas están locas por él!...

FELIPA.—Como que yo me temo que el día menos pensao le hagan una que lo escarmienten para siempre.

REME.—No sería nada extraño. Yo cada día estoy más asqueada con esta gentuza, y si no me valiera... (*Acción de empezar a puntapiés con todos.*)

FELIPA.—¡Hija!... ¡Hija, por Dios!... (*Conteniéndola.*) ¡Cálmate, que tú lo tomas todo con una furia...!

REME.—¿Y qué hacemos con esta siembra de golfos?

FELIPA.—Estoy por despertarlos con una regadera.

REME.—¡No! ¡No los riegues, no vayan a salir más!

FELIPA.—Pues les daré una ración de despertador a ca uno.

REME.—Eso sí. Que se espabilen; a ver si se largan. (*Arrima el despertador al oído de Pepe Fuentes y lo suena.*) ¡Arriba!

PEPE.—(*Incorporándose rápidamente.*) ¿Qué pasa?

REME.—¡El tiempo!... ¡Conque arriba!

FELIPA.—Que se levanté usté, que ya es hora.

PEPE.—¿Está amaneciendo?

REME.—No, señor; anocheciendo.

PEPE.—¡Pero si acabo de oír las ocho!

FELIPA.—¿Y no ha oído usté pregonar "Voz" y "Ya"?

PEPE.—¿Entonces es que son ya las ocho del día siguiente?

REME.—¡Las de pasao mañana! (*Aplica el despertador al oído de Niní.*) ¡Hale, señorita, de prisa, que se va usté a desteñir!

NINI.—(*Se incorpora asustada.*) ¿Yo?... ¡Ay!, ¿quién me paga el taxi? ¡Pagarme el taxi!.... ¿Quién tiene cinco duros?...

REME.—¡Ya, nadie!

FELIPA.—¡Qué niña! ¡No hace más que abrir los ojos y pide dinero!

REME.—(*Despertador a Roquita, que no hace caso.*) ¡Vamos, señorito!... (*Más despertador.*)

ROQUITA.—¡Que te crees que me vas a despertar! ¡Iluso!... (*Le da un papirotazo.*)

REME.—¡Amos, ande! (*Le vuelve a sonar.*)

ROQUITA.—¡Páralo, que me da más sueño!... ¡Qué vibración tan dormilona!

FELIPA.—Con ése no puedes.

MELI.—(*Incorporándose en un desperezo.*) ¡Ay, qué debilidá tengo!... ¡Convidarme a algo, por Dios!... ¡Pagarme un "pepito"!... ¡Estoy desfallecida!...

REME.—¡Pues bostecé usté, que no la regañamos!

MELI.—¡Tengo frío!... Y es que me acosté sin taparme, ¿verdá?

FELIPA.—Por lo visto. Pa lo que se va usté a tener que tapar es pa levantarse.

MELI.—¿Se me ve algo?

REME.—¡La debilidá... y dos o tres insignificancias!

ESCENA II

Dichos y GONZALO. Sale primera izquierda, todavía de etiqueta, pero en vez del frac lleva la chaqueta de un pijama de baño. Enciende un aparato de varias luces.

GONZALO.—¡Pero hombre!... (*Riendo.*) ¡Qué blanduchos! ¡El tercer día de juerga y todos por el suelo! ¡Si no lo veo no lo creo!... ¡Vamos..., en pie la gentuza!

REME.—¡Y tanto!

GONZALO.—(*Con desabrimiento.*) ¿Eh?... Vosotras, fuera.

REME.—No too lo fuera que una querría.

GONZALO.—(*Con desdén.*) ¡Bueno, largo!...

FELIPA.—¡Calla, hija, calla y vamos! ¡Que tú es que no disimulas! (*Vanse segunda izquierda.*)

GONZALO.—¡Pepe, Roquita, Niní..., arriba! (*Los zarandea.*) ¡Y tú, Meli, levántate!

NINI.—¡Ay, pero por qué no me pagáis el taxi!... ¿Quién tiene cinco duros? ¿Tiene alguien cinco duros?...

GONZALO.—Romanones y dos o tres más. ¡Hale; despabila, que tú las coges pedigüeñas!

PEPE.—¿Y qué hora es, en serio, Gonzalito? (*Bosteza.*) Porque yo quisiera tomar algo

GONZALO.—Muy bien; pues que nos hagan un desayuno-cena. Chocolate con bistecks. ¿Qué os parece?

NINI.—¡Una gran idea!

MELI.—¡Una ocurrencia genial!

CAMPITOS.—¡Como tuya! ¡Eres grande, Gonzalito!

PEPE.—(*Aterrado.*) ¡Gonzalo! ¡Ay, Gonzalo!.... ¡Oye, Gonzalo!...

GONZALO.—¿Qué te pasa?

PEPE.—Oye, Gonzalito: ¿cuántos pies tenía yo anoche?...

GONZALO.—¿Con cuántos te acostaste?

PEPE.—¡Me parece que con dos, pero fíjate!... (*Mostrando las piernas de Campitos que, por la postura, coinciden con las suyas.*) ¡He amanecido con cuatro!

GONZALO.—¡Algún día te tenía que pasar!

PEPE.—(*Contándolos.*) Uno, dos, tres...

CAMPITOS.—¡Oye, no tires, que los impares son míos!

NINI.—¡Qué bruto eres, Pepe Fu!

MELI.—¡Te ha llamao bruto!

PEPE.—¡Bueno..., a mí que me comenten! Es lo que me populariza

GONZALO.—¡Hale, tropa, levantaros, que tenemos que ir al baile!

ROQUITA.—¿A qué hora es el baile?

GONZALO.—A las doce y media.

MELI.—¡Qué temprano!

PEPE.—Gana de hacerle a uno madrugar.

GONZALO.—¿Y cuántos somos, para encargar el desayuno?

ROQUITA.—Pues uno, dos, tres..., y de éstas, una, dos...

MELI.—(*Asustada.*) Oye, que ahora que me acuerdo... ¡nosotras éramos cuatro!

GONZALO.—¿No queda ninguna otra por ahí?...

PEPE.—No se divisa ni una pantorrilla más.

NINI.—(*A Pepe.*) ¿Pues dónde están la Concha y la Lola, que venían contigo?

PEPE.—¿Habéis mirao en la acera?

GONZALO.—¿Cómo en la acera?

PEPE.—Es que se pusieron muy molestas, y como este es un piso bajo..., pues las saqué al balcón y se las facilité al sereno.

NINI.—¡Qué bestia!

ROQUITA.—(*Que abre el balcón y se asoma.*) ¡Pues se conoce que se las ha llevao ya!

GONZALO.—(*Riendo.*) ¡Bravo, Pepe!... ¡Eres un animalazo!...

PEPE.—¡Discípulo tuyo!

ESCENA III

Dichos y LUISA por la derecha.

LUISA.—(*Es otra muchacha disfrazada elegantemente con un disfraz sugestivo.*) ¿Y a una servidorita no la echabais de menos, so curdales?

GONZALO.—Ya decía yo que quedaba alguien por dentro..., y ¡fíjate! ¡Nadie! ¡Miss Chamberí 1935!

LUISA.—¡Calla, gloria, que no te ha dejao crecer la hermosura!

GONZALO.—¿Y tú dónde estabas, cielo?

LUISA.—En el recibimiento.

NINI.—¿Tenéis una aspirina?... ¡Que tengo un mareo! ¡Todo se me va!...

PEPE.—De fea que eres.

NINI.—¡Ladrón!

LUISA.—Oye: ¿y qué habéis hecho de Rita la Mochales?...

GONZALO.—¡Es verdá! ¿Dónde está Rita?

ROQUITA.—¡Otra perdida!... ¡Tres perdidas!

PEPE.—Más, más..., porque la Lulú...

GONZALO.—No, a ésa, como empezó a insultarme y me llamó altramuz y otros epítetos para mi familia, si yo la tuviera, que no la tengo, la metí en un taxi, le di veinte duros... al chófer y la mandé a Getafe. (*Ríen todos.*)

LUISA.—¡Qué ocurrencia!

PEPE.—¡Como se había disfrazao de paleta!... ¡Pa que estuviese en carácter!

CAMPITOS.—¡Eres genial, Pepe! ¡Eres inmenso! ¿Habéis visto mi "smokin"?

PEPE.—¿Dónde lo dejaste?

ROQUITA.—Yo qué sé.

GONZALO.—Se habrá ido al monte.

ESCENA IV

Dichos, FELIPA y REME, que salen puerta derecha.

FELIPA.—(*Alarmada.*) ¡Señorito!... ¡Señorito!...

GONZALO.—¿Qué pasa?

FELIPA.—¿Se les ha perdido a ustedes alguna otra máscara?

GONZALO.—¡Creo que no! (*Contando.*) Una, dos, tres, las dos del balcón...

PEPE.—La de Getafe, que son seis...

REME.—¡Es que acabamos de encontrar otra!

GONZALO.—¡¡Otra!! ¿Dónde?

REME.—¡En el cuarto de baño!

FELIPA.—Dentro del cesto de la ropa.

GONZALO.—¡Caray, qué extrañísimo! ¿Y quién es?

FELIPA.—A ésa no la conocemos.

REME.—Al menos yo nunca la he visto aquí.

GONZALO.—¡Qué curioso!

LUISA.—¿Quién será?

FELIPA.—Es muy jovencita.

PEPE.—¿Y de qué va disfrazada?

REME.—Pues con un disfraz.

GONZALO.—Pero ¿y el traje?

REME.—El traje..., pues... era..., vamos..., de... Yo, la verdad, no me he fijao porque lo tenía en la percha.

FELIPA.—¡Se estaba bañando!

GONZALO.—(*Comentando.*) ¡Qué curioso!...

TODOS.—¡Que se presente, que se presente!... ¡Que se presente como esté!...

REME.—Es que ya se ha vestido.

GONZALO.—¡Siempre os retrasáis en dar los recados, caramba!

FELIPA.—Y al vernos se ha vuelto a meter en el cesto, y allí está muerta de vergüenza.

REME.—Según dice.

GONZALO.—Decirla que venga.

FELIPA.—No quiere.

REME.—Del cesto no hay quien la saque. Se ha enroscao allí y no quie salir.

PEPE.—Pues vamos a traerla con cesto y todo. ¿Queréis?

GONZALO.—Sí; vamos, vamos...

ROQUITA.—¡Como no quiera salir la damos otro baño!

ELLAS.—¡Traerla!... ¡Traerla!... (*Vanse por ella.*)

GONZALO.—¡Qué cosa más extraña!

LUISA.—¿Quién será que no la conocen la Felipa ni la Reme?

GONZALO.—¡Qué sé yo! ¡No lo adivino!

MELI.—¡No es fácil por las señas!

GONZALO.—¡Me intriga esto!

LUISA.—¿Y qué es, que no podía venir por su pie?

REME.—¡Quizá la curda!

GONZALO.—¿Pero aun le iba a durar?

REME.—¡Huy, esa se conoce que tie curda pa veinticuatro horas!

ESCENA V

Dichos y DANIELA. La sacan, dentro de un cesto, disfrazada de arlequín. Trae el antifaz puesto.

CAMPITOS. ROQUITA. } (*Sacando el cesto.*) ¡Aquí está! ¡Aquí está!

PEPE.—Aquí traemos la máscara desconocida. (*Dejan el cesto en el suelo.*)

TODOS.—(*Con gran curiosidad.*) A ver, a ver...

GONZALO.—¡Que se asome!... Asómate.

DANIELA.—(*Que lleva el antifaz puesto, saca la cabeza graciosamente.*) ¡Muy buenas! (*Saluda a un lado y otro.*)

GONZALO.—(*Reparando en el escote.*) ¡Bastante buenas!

ELLOS.—¡Muy buenas!... ¡Muy buenas!...

LUISA.—Oye: ¿pero quién eres tú?

DANIELA.—(*Con voz de máscara.*) No me conocen.

GONZALO.—Vamos, no gastes bromas, niña.

DANIELA.—Que no me conocen.

PEPE.—Pues quítate el antifaz, a ver.

DANIELA.—¡No, no, que soy muy fea!

LUISA.—Mejor.

DANIELA.—¡Quia, peor..., pero, vamos!... Además, no me conocen.

GONZALO.—¡Fa, basta de guasas!... ¡Fuera caretas!

TODOS.—¡Fuera!... ¡Fuera!...

DANIELA.—Bueno, no se enfaden; me la quitaré. (*Se la quita. Sonríe graciosamente.*) Servidora de ustedes. (*Pausa. La miran.*) ¿Ven ustedes qué fea soy!

LUISA.—Oye: pues no la conozco!

GONZALO.—Ni yo.

MELI.—¡Ni nosotras!

PEPE.—¡Pero que no la he visto en mi vida!

DANIELA.—¡Pero si desde que he salido les estoy diciendo a ustedes: "No me conocen. No me conocen." ¿Y ven ustedes cómo no me conocen?

LUISA.—¡Pero que ni de vista!

GONZALO.—¡Y es monísima!

LUISA.—¡Milagro que no te gustara!

PEPE.—¿Me la vuelvo a llevar pa que no haya broncas?

DANIELA.—(*Con gracioso susto.*) No, por Dios, que usté es muy bru..., muy brusco.

GONZALO.—¿Y cómo estás en ese cesto?

DANIELA.—Pues regular, porque no me cabe todo con comodidad.

GONZALO.—Quiero decir que cómo has entrado en esta casa.

DANIELA.—¡Ah!... Pues a punto fijo no lo sé; porque... (*Acción de estar mareada.*), vamos, porque... una servidora de lo único que se acuerda es que salía del baile cuando ustedes, porque el señor que me llevó me había convidao a unas botellas de manzanilla "La Guita", y cuando se le acabó la guita se fué.

MELI.—¡Qué mala acción!

DANIELA.—¡Calle usté, que los hay...! Y yo entonces me salí del baile con ustedes...

NINI.—¿Al mismo tiempo?

DANIELA.—Cuando ustedes se estaban pegando en la puerta...

GONZALO.—¡Ah!, ¿pero nos pegamos?

DANIELA.—Una paliza de película.

PEPE.—¿Y con quién?

DANIELA.—¡Unos con otros!... ¡Había que ver a este señor... (*Por Pepe.*), qué ani..., qué animao es en las broncas!

LUISA.—Iba a llamarte animal.

PEPE.—¡A mí, que me comenten!

DANIELA.—Y yo, cuando los vi enzarzados de aquella forma, quise separarlos, pero no pude, y entonces pedí auxilio, y vinieron los guardiás y los serenos, y los metieron a ustedes en dos taxis por las ventanillas y por las portezuelas...

CAMPITOS.—¡Pues no recuerdo!...

DANIELA.—Y yo, empujada por las circunstancias y por un sereno muy bruto, me ví también dentro de uno de los taxis, debajo de un pierrot, encima de un dominó y al lao de un bebé, y oí a un señor que le gritaba al chófer: "Ave María, diez y ocho", pero debíamos ir más.

GONZALO.—¡No tengo la menor idea!...

DANIELA.—Lo creo. ¿Usté sabe el champán con que obsequió a a sus amigos y al chófer?... ¡Y claro, llegamos al portal y subimos a gatas! Yo entré en el piso aglomerada con todos, y como no conocía a nadie ni tenía quien me presentara eché a andar por los pasillos sola, di con el cuarto de baño, vi este cesto de ropa y me dije: "Pues aquí, que ya me lavarán", y me metí dentro y me quedé dormida como una rosca. Y en el cesto continúo, para servir a ustedes..., y esperando a la lavandera..., ¡vamos, si aquí no lavan en casa!

TODOS.—¡ Muy bien, muy bien.

DANIELA.—Regular. ¿ Salgo?

GONZALO.—Si puedes...

DANIELA.—Si usted me ayuda... (*Abre los brazos.*)

GONZALO.—(*La coge en brazos y la saca, y en vez de dejarla en el suelo la retiene.*) Chiquilla, me dejas estupefacto.

DANIELA.—Y usted, ¿por qué no me deja?

GONZALO.—¡ Ay, se me había olvidao!

LUISA.—¡ Qué desmemoriao es el pobre!

DANIELA.—No es el único.

PEPE.—Oye: ¿y dices que nos pegamos?

DANIELA.—Sí, señor; y a usté le dió un guardia dos o tres porrazos en la cabeza, y dijo usté: "No llamar, que no hay nadie."

PEPE.—¡ Ya me voy explicando este chichón!

GONZALO.—Bueno, niña, y a propósito de llamar. Tú, ¿cómo te llamas?

DANIELA.—Dani..., Daniela, vamos; que es que en mi casa todo me lo acortan.

GONZALO.—¿Tienes oficio?

DANIELA.—Modelo de una casa de confecciones. (*Lo coge de una bandeja.*) ¿Me puedo comer este emparedado?

GONZALO.—Ese está mordido.

DANIELA.—Si lo ha mordido usté... (*Se lo come con coquetería.*)

LUISA.—¡ Miá que mona!

DANIELA.—No tenga usté celos, que me voy en seguida.

GONZALO.—(*Ya muy interesado.*) ¿Y me conoces a mí?

DANIELA.—Sí, señor.

GONZALO.—¿De qué?

DANIELA.—Que viene usté retratao muchas veces en los periódicos como campeón de tennis; Gonzalo Ceballos, Gonzalito, como le llaman todos, ¿no?...

GONZALO.—Muy bien. Bueno, pues anda, siéntate.

DANIELA.—¿Dónde? (*Porque no ve asiento.*)

GONZALO.—(*Señalando sus rodillas.*) Aquí.

DANIELA.—Cuando tenga usté muelles.

GONZALO.—Vamos, siéntate.

DANIELA.—Yo cuando me siento es para descansar.

GONZALO.—¿Y en mis rodillas...?

DANIELA.—No para nadie.

PEPE.—(*Riendo.*) ¡ Parece que te conoce!

LUISA.—¡ No eres tonta, no!

DANIELA.—No, señora. Pero no tenga usté cuidao, que me voy en seguida.

LUISA.—Pues hala, pa luego es tarde, rica.

GONZALO.—¡No hagas caso! ¡Ven aquí! (*La retiene y, cogiéndola de la mano, la acerca.*) ¿Tienes padre?...

DANIELA.—No, señor; padre, no; pero tengo un tío que me hace las veces.

GONZALO.—¿Entonces tu madre...?

DANIELA.—Es viuda. Ha tenido tres maridos.

GONZALO.—¿Y se le han muerto todos?

DANIELA.—¡Ay, no, señor, qué horror! Le viven dos...

GONZALO.—¿Y a tu verdadero padre...?

DANIELA.—Le conozco de vista, pero no lo trato.

GONZALO.—Entonces, ¿a ti no te quiere nadie?

DANIELA.—¡Anda!... ¡Todos los que me ven!... Al menos eso me dicen...

MELI.—¡Pero tú no has querido a ninguno!

DANIELA.—¡No la dan a una tiempo!

GONZALO.—¿Y no tienes ganas de querer a... alguien?

DANIELA.—¿Yo?... ¿Pa qué?

GONZALO.—Y si te quisiera alguno, ¿serías feliz?

DANIELA.—Unos días. ¡Eso dura tan poco! (*A Gonzalo.*) Tie usté mala cara... (*Dándole una copa.*) Beba usté un poquito de champán.

LUISA.—(*Molesta.*) Este señor no sabe beber a poquitos.

DANIELA.—Yo es pa que no le haga daño.

LUISA.—¡Eres muy mona, rica!

DANIELA.—Regular.

LUISA.—Y habías quedao en irte.

DANIELA.—Sí, señora, y me voy a ir... (*Saca del cesto un abrigo de seda que se pone.*) Con que tanto gusto, y ustedes...

GONZALO.—(*Volviendo a retenerla.*) Aguarda... (¡Que me está preocupando a mí la niña esta!)

LUISA.—Pero ¿por qué la retienes?

GONZALO.—Porque quiero. ¿Qué te importa a ti?

LUISA.—(*Airada.*) ¿Que no me importa?...

GONZALO.—¡No!

LUISA.—Bueno, esta niña no se va sin que yo le tiente los hocicos.

MELI.—Gonzalo se está encandilando con la máscara desconocida.

CAMPITOS.—Que para inter nos es una monadita, ¿eh?

NINI.—¡Una birria!

MELI.—La novedad y naa más.

LUISA.—(*Seria.*) Oye: Gonzalo...

GONZALO.—¿Qué pasa?

LUISA.—Mira lo que haces, que te veo muy tonto con esa manús.

GONZALO.—Eso de tonto a quien lo sea.

FELIPA.—(*Apareciendo.*) El desayuno está servido.

PEPE.—¡Al comedor!

TODOS.—(*Alegremente.*) ¡Al comedor!... ¡Al comedor!

LUISA.—(*A Gonzalo.*) Lo dicho.

GONZALO.—Vete a desayunar.

LUISA.—Voy a tomar un poco de café con leche y ya te diré lo que pienso de resultas. Y cuidado conmigo, pollo. (*Vanse todos segunda izquierda.*)

ESCENA VI

DANIELA y GONZALO.

DANIELA.—(*Riendo.*) ¿Quién es esa señora tan furiosa que quiere que me vaya?

GONZALO.—Una pelma.

DANIELA.—Sí, ya sé... Lo que me diría a mí el mes que viene si me quedase.

GONZALO.—A ti puede que no.

DANIELA.—Seguro que sí.

GONZALO.—Tú eres muy mona.

DANIELA.—Todas son monas... hasta que llega la hora del mico.

GONZALO.—¡Eres muy maliciosa!

DANIELA.—Lo preciso para ir tirando. Usté vive solo.

GONZALO.—¿Por qué te lo figuras?

DANIELA.—Por que veo aquí mucha gente.

GONZALO.—Ya se marcharán.

DANIELA.—¿Todos?

GONZALO.—Y todas.

DANIELA.—¡Eso es más difícil! Y tendrá usté muchas mujeres, ¿verdad?

GONZALO.—Muchas. Pero me van dando ganas de tener una sola.

DANIELA.—¡Huy, no haga usté locuras! Una mujer sola es muy expuesto.

GONZALO.—Es que a mí me encanta el peligro.

DANIELA.—¡Valiente que es usté! Va usté muy despeinao. ¿Quiere usté que lo arregle con mi peineta?

GONZALO.—¡Encantadísimo!... (*Empieza a arreglarle el pelo.*) Pero no me pongas muy guapo, no te enamores y sea tu perdición.

DANIELA.—(*Riendo.*) ¿Yo enamorarme?... (*Muy bajito.*) ¡Ojalá!...

GONZALO.—¿Qué dices?

DANIELA.—Que se esté usté quietecito. Ya me figuro que no será por guapo por lo que usté enamora. Usté enamora por una simpatía y un no sé qué...

GONZALO.—¡Lo que me dicen todas! ¡Pero soy una birria!...

DANIELA.—¿Usté birria?... ¡Vamos, con lo rico que es usté!

GONZALO.—Eso de rico ¿en qué sentido lo dices?

DANIELA.—Es usté rico de todas maneras. (*Sigue peinándole.*)

GONZALO.—(*Riendo.*) ¿Sabes que me va dando alegría estar a tu lado?...

DANIELA.—¡La novedad! ¡Que acaba usted de conocerme! ¡Y como soy mimosa, y cariñosa, y...!

ESCENA VII

Dichos y la REME por la derecha.

REME.—(*Apareciendo en actitud hostil y con gritos destemplados.*) ¡Hale, hale, hale, hale!...

DANIELA.—¡Jesús!

REME.—Gracias. Pero no ha estornudado nadie. Conque hale, hale...

DANIELA.—¡Qué susto!

GONZALO.—(*Severamente.*) ¡Reme!...

DANIELA.—¿Quién es este energúmeno?

REME.—¿Y a usté qué le importa?

GONZALO.—¡Oye, tú, cuidado!

REME.—¡Qué cuidao ni qué...! ¡Tanta gente a estas horas!... ¡Hale, a la calle, que hay que arreglar la casa!... ¡Que son las tantas! Amos, también... ¡Hale, hale!...

DANIELA.—(*Siempre sonriendo.*) ¡Ya me voy, mujer!

REME.—Pues pa luego es tarde.

GONZALO.—(*Con ira.*) ¡La que te vas a ir eres tú!

REME.—¿Yo?

GONZALO.—Pero inmediatamente.

DANIELA.—No, por Dios, no la regañe usté, que a mí me hacen mucha gracia estos caracteres ariscos.

REME.—Sí..., pa quien te crea.

DANIELA.—¿Es la doncella?

GONZALO.—¿La doncella?... Vamos, sí; a medias.

REME.—A medias u a enteras. ¿A ella qué le importa?

GONZALO.—Sal de aquí, Reme. Te lo digo por última vez.

REME.—¿Pero no me tie usté dicho cientos de veces que le espante las pelmas?

GONZALO.—Cuando lo sean.

DANIELA.—¿De modo que estás aquí de espantapájaros?

REME.—De espantapájaras, que no es lo mismo. Conque hale, hale...

DANIELA.—¡Caramba! Tienes cara de pocos amigos.

REME.—Y usté de muchos.

DANIELA.—¡Qué simpática! ¡Me encantan estos caracteres!... Tú y yo haríamos muy buenas migas.

REME.—¡Quia, las haría yo y usté se las comería!... ¡Que no conocerá uno a la gente!!... ¡Sí, sí!

DANIELA.—¡Ja, ja!... (*Riendo.*) ¡Divertidísima! ¿De dónde ha sacao usté esto?

GONZALO.—Es la hija de mi ama de gobierno. ¡Una acémila de criatura!

REME.—Menos que otras.

DANIELA.—¿No quieres ser amiga mía?

REME.—No, señora.

DANIELA.—Eres franca.

REME.—Cuando hace falta; conque hale...

GONZALO.—¡Basta de ordinarieces, Reme!... Y deja de barrer.

REME.—¿Pero cuándo se va a quitar la basura de aquí?

GONZALO.—Cuando yo lo mande. ¡Basta!

DANIELA.—¡No, no, por Dios!... ¡Me voy, me voy! ¡No quiero contrariarla!... ¡Adiós, rica, y si te queda un rato, péinate, que estarás muy guapita!... ¡Conque adiós!...

REME.—Por ahí, a la derecha...

DANIELA.—(*A Gonzalo.*) Y usté lo pase bien. Ya ve usté que no es posible estar donde hay tanta gente que quiere echarla a una...

GONZALO.—Pues quédate un momento, siquiera unos minutos, y veremos quién se va antes de aquí, si ellos o tú.

DANIELA.—¡No!... ¿Para qué ese forcejeo?... ¡Soy yo la que debo irme!

GONZALO.—¡No te vayas, te lo ruego!

REME.—Mucho que se va, se va..., pero no se menea. (*Zorrazos.*)

GONZALO.—¡Basta!... ¡Fuera!

REME.—¡Pero...!

GONZALO.—¡Fuera he dicho. (*Ordenándole imperativamente.*)

REME.—Ya, ya me voy. (*Aparte.*) (Esta es de las que no se van sin dar guerra!... ¡Pero yo le juro!...) (*Vase izquierda.*)

DANIELA.—¡Pobrecilla!... ¡Es hurona, pero muy simpática! Ahora que yo no le he caído en gracia

ESCENA VIII

DANIELA y GONZALO.

GONZALO.—¡Has tenido esa suerte!... ¡Pero dejemos a esa estúpida y ven aquí, Dani, que quiero que sigas tu historia. (*Se sienta y la acerca a sí.*)

DANIELA.—¿Para qué?

GONZALO.—Porque me iba interesando.

DANIELA.—Las historias de las mujeres todas son lo mismo; mejor dicho, todas contamos la misma. "Yo era inocente..., un malvao..., mi pobrecita madre!... ¡El hambre!... ¡Me vi tan sola!..." Y el resultado, idéntico.

GONZALO.—Pero tú no has caído en esa vulgaridad porque eres sincera, noble...

DANIELA.—O lo parezco.

GONZALO.—¡Quién sabe!...

DANIELA.—Bueno, adiós...

GONZALO.—¿Te vas?

DANIELA.—¿No iba usté a ir al baile?

GONZALO.—Ya no. Me quedo.

DANIELA.—¿Por mí?

GONZALO.—¿Por quién mejor?

DANIELA.—Por Dios, ¿qué dirían?

GONZALO.—Y tú, ¿no quieres quedarte?

DANIELA.—(*Con tristeza.*) No, señor.

GONZALO.—(*Muy cariñoso.*) ¿De veras?

DANIELA.—¡De veras!

GONZALO.—Pero ¿por qué?

DANIELA.—Porque si me quedara... ya no me podría ir.

GONZALO.—¿Por qué?

DANIELA.—Porque no tendría adónde.

GONZALO.—¿Es que vives de verdá con tu familia?

DANIELA.—De verdad.

GONZALO.—¿Entonces..., si no eres una mujer libre..., lo de entrar aquí..., seme franca, Dani..., lo de entrar aquí ha sido..., ha sido premeditado?...

DANIELA.—(*Con rubor, pero con entereza.*) Yo no hago nada que no quiera.

GONZALO.—¡Dani! (*Va a besarla.*)

DANIELA.—¡Gonzalo!... (*Le rechaza.*) No, Gonzalo. ¡Yo no soy como ésas!

ESCENA IX

DICHOS y FELIPA, derecha.

FELIPA.—(*Los ve y se vuelve de espaldas.*) ¡Ay, perdón!...

GONZALO.—¿Qué pasa?

FELIPA.—¿Están ustés visibles?

GONZALO.—Di qué quieres.

FELIPA.—Pues... un señor que desea verle a usté.

GONZALO.—¿Conocido?

FELIPA.—No le he visto en mi vida.

GONZALO.—Entonces, excúsame.

FELIPA.—Es que dice que es una cosa urgentísima, y que si no le recibe usté se pega un tiro en la puerta.

GONZALO.—(*Asustado.*) ¡Demonio!... ¿Qué dices?

FELIPA.—Yo estoy asustadísima. Es un señor que viene llorando.

DANIELA.—¡Por Dios!

GONZALO.—¿Cómo llorando?

FELIPA.—Me ha dado esta tarjeta. (*Se la da.*)

GONZALO.—(*Leyendo.*) A ver. Evaristo de la Romera. (*Gesto de no conocerle.*)

DANIELA.—(*Aterrada.*) ¡¡Mi tío!! ¡Jesús!... (*Medio desvanecida.*) ¡¡Ay, madre!!

GONZALO.—(*Asombrado.*) ¿Tu tío?...

DANIELA.—Sí... Estoy perdida... ¡Escóndame usté, por Dios!... ¡Escóndame!

GONZALO.—Bueno, pero...

DANIELA.—Es un anciano y está enfermísimo. ¡Que no me encuentre porque se muere!

GONZALO.—¡Caracoles!

DANIELA.—¡Y si se muriera aquí!...

GONZALO.—¡No, por Dios; aquí, no!

FELIPA.—Pues está pa eso más que pa otra cosa, porque viene fatigoso y del brazo de un jovencito.

DANIELA.—¡Mi primo!

GONZALO.—¿Y cómo saben dónde estás?

DANIELA.—¡Qué sé yo!... No se puede una confiar a nadie... Le dije a una amiga... y...

GONZALO.—¿Y qué hago?

DANIELA.—¡Ay, no sé!... ¡Estoy angustiada!... Creo que debe usté recibirle. Dígale que ya no estoy aquí, que me ha convencido y me he vuelto a casa. Y en cuanto él se vaya me iré yo para siempre. ¡No quiero complicarle a usté la vida!... ¿Qué culpa tiene usté de mis locuras?...

GONZALO.—¿Cómo locuras?

DANIELA.—Sí, sí... Recíbalo. Luego le contaré...

GONZALO.—Bueno, pues aguarde aquí dentro. (*Le indica la puerta derecha.*)

DANIELA.—Que se vaya pronto; que no le dé aquí el ataque.

GONZALO.—No, por Dios. ¡Aquí que no le dé nada!

DANIELA.—Trátelo dulcemente. Es un espíritu delicado y sensible. Es ensayista.

GONZALO.—¿Ensayista?... ¡Ah! Bueno, descuida, descuida.

DANIELA.—¡Perdón, Gonzalo!...

GONZALO.—Sí, sí, andá, ocúltate. (*Vase derecha. A Felipa.*) Que pase ese señor. (*Vase Felipa.*) ¡Dios! ¡Qué cosa más extraña!... Una noche de tumulto; esta muchacha aparecida aquí... Este señor... Me intriga esto. (*Mirando por la izquierda.*)

ESCENA X

GONZALO, DON EVARISTO y NOLITO.

(*Estos últimos son dos tipos extravagantes, mal trajeados, con melenas, lívidos, escuálidos, de movimientos temblorosos. Hacen una entrada dramática.*)

DON EVARISTO.—(*Apareciendo.*) ¡Ah, caballero!...

NOLO.—¡Noble señor!

GONZALO.—(*Muy afable.*) ¡Señores míos!...

DON EVARISTO.—(*Afirmando.*) Está aquí.

NOLO.—Aquí.

GONZALO.—¿Quién?

DON EVARISTO.—¡Ella!

NOLO.—¡Ella, sí!

GONZALO.—Pero...

DON EVARISTO.—¡Ah, no lo niegue usté!... Es inútil. No vengo en son de guerra. Soy hombre comprensivo que acepta los hechos consumados.

GONZALO.—Señor mío: eso de consumados... Yo le ruego...

DON EVARISTO.—Me acompaña el niño.

NOLO.—Muy devoto. (*Reverencia.*)

DON EVARISTO.—Porque me dan ataques.

NOLO.—Histero-convulsivos.

GONZALO.—¡Caray!... Bueno, pues nada de ponerse nervioso, ¿eh?

DON EVARISTO.—El síntoma premonitorio es un grito y dos espasmos.

NOLO.—Al segundo pierde el habla.

GONZALO.—Pues que no pierda nada, y tengan la bondad, señores, de sentarse, y yo le suplico que con toda calma me manifieste el objeto de su grata y temblorosa visita.

DON EVARISTO.—Gracias mil; pero como el motivo que aquí me conduce es puramente emocional e integramente sensitivo, por si me privare le advierto que con unas cucharadas de café, con un poco de Jerez, con algo sustantivo, en fin, que me reponga el tono cardíaco, hallo inmediato alivio.

NOLO.—Tranquilízate, papá, que aquí parece que hay emparedados. (*Coge uno y se lo come.*) Sí, son emparedados. (*A Gonzalo.*) Son emparedados, ¿verdad?... (*Coge otro.*)

GONZALO.—Sí, señor; emparedados, medias noches... Todo sustantivo. Conque tenga la bondad de decirme...

DON EVARISTO.—¡Ah, está aquí, caballero, está aquí...!

GONZALO.—¿Pero quién?

DON EVARISTO.—¡Ella!... ¡Ella, sí!... ¡Esa criatura!... ¡Ese ángel! (*Llorando silenciosamente.*) Y como nosotros no tenemos más patrimonio que nuestra honra, yo le suplico, yo le ruego, de rodillas si es preciso, que nos la devuelva porque esa criatura es para nosotros alegría hogareña, auxilio crematístico, aire de consuelo, soplo de esperanza en la aridez inhóspita de una casa misérrima que no le ofrezco porque estamos desahuciados.

NOLO.—(*Con voz doliente.*) Se deben ocho recibos.

GONZALO.—¡Cuánto lo siento!

NOLO.—Y el casero... (*Se come otro emparedado.*)

DON EVARISTO.—Disculpe mis lágrimas. Si no lloro me accidento.

GONZALO.—¡Caramba, no! De ningún modo. Llore, llore cuanto quiera.

DON EVARISTO.—(*Se levanta como espasmorizado; da un grito.*) ¡Hiiii, ah! ¡Oh!

NOLO.—(*Aterrado, le sujeta para que no caiga.*) ¡Ay, que le da..., que le da! (*Da dos palmadas como si llamara a un camarero.*) Café para dos.

GONZALO.—Café no hay..., pero aquí tiene Jerez. (*Se lo sirve.*) Dele Jerez.

NOLO.—(*Le da la copa al padre.*) Bebe, papá, bebe. Reacciona.

DON EVARISTO.—(*Bebe. Cae abatido en la silla, suspira profundamente.*) Reaccioné.

NOLO.—Le abortó.

GONZALO.—¡Caramba, me alegro que le haya abortado!... ¿Qué susto!... Bueno, pues yo le suplico, por Dios, que se calme, señor Romera, y me diga cuanto guste, pero con tranquilidad absoluta.

DON EVARISTO.—Señor Ceballos... ¡Daniela está aquí!!

GONZALO.—No, señor; le aseguro a usté que no está.

DON EVARISTO.—Está.

GONZALO.—No está.

NOLO.—¡Devuélvanosla, caballero!

GONZALO.—Repito, señores, que no está aquí. Pero aunque estuviera, ¿ustedes creen que yo podría influir?...

DON EVARISTO.—¿Dice que si podría influir?...

NOLO.—¡Ah!... ¡Oh! (*En cada exclamación se come un emparedado.*)

DON EVARISTO.—Usté, caballero, sin saberlo es el árbitro dirimente de la dinámica sentimental de esa criatura.

GONZALO.—(*Realmente intrigado.*) ¡Caramba, pues yo ignoraba...!

DON EVARISTO.—¡Ah..., el amor de usted llena absolutamente su corazón!

GONZALO.—(*Acercando la silla.*) ¿Pero usté cree?... (¡Caramba, no me figuraba yo!)

DON EVARISTO.—¿Que si creo?... Desde que amanece en sus labios no hay más nombre que uno...

NOLO.—"¡Mi Gonzalo!"

GONZALO.—¿Su Gonzalo?... ¡Canastos!

DON EVARISTO.—Y en las paredes de su cuarto no hay más retratos que ocho... Siete de usté y uno de Pompoff y Teddy para hacer contraste.

GONZALO.—Pues yo, señor Romera, puedo asegurar a usted que ignoraba esa predilección que usted me asegura.

DON EVARISTO.—¡Ah, sí; su obsesión perenne ha sido aproximarse a usted!

GONZALO.—¿A mí?

DON EVARISTO.—Y como supimos por una amiguita que anoche fué al baile, al ver que hoy no volvía a casa, de deducción en deducción hemos venido a parar aquí convencidos de que aquí y sólo aquí podía estar. No me lo niegue. De rodillas lo imploro.

GONZALO.—Pues bien: sí, aquí ha estado.

LOS DOS.—¡Ah!... ¡Oh!...

DON EVARISTO.—¿Lo ves?

GONZALO.—No quiero negarlo por más tiempo, pero usté se hará cargo que uno no puede evitar...

DON EVARISTO.—¿Entonces usted...?

GONZALO.—Comprendí al oírla que solamente una perturbación sentimental la acercaba a mí, como ha acercado a tantas otras, y, consciente del peligro que esto supone, la remití a su domicilio, y allí la tendrá usted ya.

DON EVARISTO.—(*Con sonrisa incrédula.*) ¡Ah, no, no!...

GONZALO.—Sí, le aseguro...

DON EVARISTO.—No, no lo creo. No cede un corazón como el suyo después de exponerme su resolución en un dilema trágico: "O su amor o la muerte."

GONZALO.—¡Canario! ¿Ha dicho eso?

DON EVARISTO.—¡De un modo fácil, no! De manera que no sirven engaños. Está aquí.

GONZALO.—(*Ya molesto.*) No está.

NOLO.—Está. No mienta usted.

GONZALO.—Yo no miento, pollo. No está.

DON EVARISTO.—Apiádese de nosotros.

NOLO.—¡Compadézcase de un enfermo!...

GONZALO.—¡Que no está!

NOLO.—Considere, don Gonzalo...

GONZALO.—¿Pero es que va usted a recitarme el Tenorio?

DON EVARISTO.—Está, caballero; y esa negativa cruel me produce una congoja que... (*Grito, espasmos.*) ¡Hiií; ay!... ¡Oh!

NOLO.—(*Palmadas.*) ¡Café para dos!

GONZALO.—Nada de cafe. (*Enfadado.*) ¡Basta! Y les advierto a ustedes que a mí también me dan ataques en los que pierdo la conciencia de mis actos. El mes pasado arrojé a dos sinvergüenzas por el balcón.

LOS DOS.—(*Retrocediendo.*) ¡Caray!...

GONZALO.—Los médicos le llaman a esto fobia estrellativa. De modo que no insistan, porque me voy poniendo nervioso, y veo al joven braceando en el éter balcón abajo.

NOLO.—¿Yo braceando?... ¡Caracoles!... (*Aterrado, palmadas.*) Café para tres.

GONZALO.—Para nadie. Les he dicho que esa joven no está aquí y no está.

DON EVARISTO.—(*Asustado.*) Bien, bien. No se altere. Usted verá lo que hace. Esa niña es menor de edad. Está bajo mi tutela. Tengo un primo abogado muerto de hambre que ve un pleito hasta en que le miren con gafas ahumadas nada más. Hablaremos.

GONZALO.—¿Eso es una amenaza?

DON EVARISTO.—¡Dios me libre! ¡Amenazar un pobre doliente neurasténico! ¡Ah, no, no!...

NOLO.—No amenazamos; amagamos. Que usted se alivie.

DON EVARISTO.—Niño, devuelve el casco.

NOLO.—¿Puedo consumir el contenido residual?

GONZALO.—Si no te peligra el equilibrio estático, trasiega. (Yo me pongo a la altura retórica de estos granujas ínclitos.)

DON EVARISTO.—(*A Nolo y casi llorando.*) ¡Nos deja sin ella!

NOLO.—(*Llorando también.*) ¡Qué le vamos a hacer!

DON EVARISTO.—(*Reverencia.*) ¡Frustrados, pero solícitos!

NOLO.—Desengañados, pero devotísimos. (*Reverencia.*)

GONZALO.—Molesto, pero a sus gratísimas. (*Vanse derecha.*)

ESCENA XI

DANIELA y GONZALO.

(*Aparece Dani, entristecida, en la puerta de la izquierda y se detiene allí.*)

GONZALO.—¿Has oído?

DANIELA.—Todo.

GONZALO.—¿Y qué?

DANIELA.—Desagradable, grotesco..., pero, en el fondo, amarguísimo!

GONZALO.—¿Cómo sabían que estabas aquí?

DANIELA.—(*Vacilante.*) Una amiga... Me confié y..., nada, locuras. Me voy.

GONZALO.—Ven acá. (*La retiene.*)

DANIELA.—Suelte, suelte... (*Forcejea.*)

GONZALO.—¡No, quia! Yo no te dejo ir sin que me expliques...

¿Eso que han dicho de que me nombras..., de que me quieres?... ¿Es verdad? (*Calla.*) Contesta. (*Silencio.*) ¿Por qué callas?

DANIELA.—(*Con rubor.*) A ciertas preguntas con nada se contesta mejor que con el silencio.

GONZALO.—¿Entonces...?

DANIELA.—He entrado aquí por una estratagema. He sufrido burlas, molestias, agravios, y sigo aquí. ¿No es contestar esto?

GONZALO.—Entonces, ¿es que me quieres?

DANIELA.—¿Estoy diciendo otra cosa desde que he llegado? Le quiero a usted ¡ciegamente!

GONZALO.—¡Dani!... (*La atrae.*)

DANIELA.—Y este amor no es de ahora; es en mí un sueño loco de siempre. Su nombre de usted, su vida un poco depravada... ¡Muchas mujeres y todas olvidadas!... ¡Cómo atrae ese peligro!...

GONZALO.—¿Sí, verdad?

DANIELA.—¡Si no me olvidara a mí!... ¡Tantas y que no le importe ninguna!... ¡Si fuera yo la preferida!... ¡Si fuera la última!... ¡Qué felicidad!

GONZALO.—¿Pues quién sabe? Mira, Dani: el amor es un libro lleno de páginas insustanciales, pero llega un episodio interesante y recoge toda nuestra atención de lectores desdeñosos y nos subyuga, y nos cautiva. ¿Por qué no has de ser tú para mí ese episodio?

DANIELA.—¡Oh, si lo fuera!

GONZALO.—Tú me apareces originalmente. Y qué sé yo. Presiento que no eres tú de las mujeres que se aman y se olvidan.

DANIELA.—(*Con mimo.*) ¿No?...

GONZALO.—No sé. Me da un poco de miedo decir que sí. Todo lo que es fin es tristeza, pero te tengo en mis brazos y siento esa emoción extraña y temerosa de cuando nos encontramos en la vida ante un camino nuevo. Siento temor.

DANIELA.—No temas. Yo procuraré unir mi corazón al tuyo para que se llene tu alma, oscura y fría, de la alegre luz de un amor juvenil y verdadero.

GONZALO.—¡Eres una mujer encantadora!

DANIELA.—Enamorada.

GONZALO.—Vienes a mi corazón sin que yo te haya buscado.

DANIELA.—Inesperadamente. Como viene a nuestra vida todo lo definitivo.

GONZALO.—¿Me quieres?

DANIELA.—Amame a mí sola y siempre seré tuya.

GONZALO.—(*Besándola apasionadamente.*) ¡Sí; te adoro, Dani; te adoro!

ESCENA XII

Dichos y la REME.

REME.—(*Puerta derecha, iracunda, truncando el idilio.*) ¡Hale, hale, hale!

GONZALO.—¿Tú?...

DANIELA.—¿Otra vez esta mujer?

REME.—Otra vez, y hoy, y mañana, y siempre, y toda la vida. Sí, señora. ¿Qué pasa?

GONZALO.—(*Furioso.*) ¿Y te atreves?

DANIELA.—¡Pero esta hostilidad!, ¿por qué?

REME.—Porque no queremos pelmas. Con que por ese pasillo...

GONZALO.—(*Cogiéndola bruscamente de un brazo.*) ¡Basta de impertinencias!

DANIELA.—Pero ¿esta mujer?...

GONZALO.—Aguarda. Sal un momento, te lo ruego. No tiene importancia, pero es preciso resolver esto. (*Abre la puerta.*) Por favor, un instante. Aguarda ahí. Delante de ti sería violento. (*Entra Dani. Gonzalo cierra y se dirige iracundo y resuelto a Reme, que cambia su actitud altiva por otra humilde y temerosa.*) Ya estamos solos... Ven acá... (*La acerca violentamente a él. Toda la escena en voz baja.*) ¿Qué te propones, dime?

REME.—Nada.

GONZALO.—Sí. Deja ese gesto hipócrita. ¿Qué quieres?

REME.—Digo que nada.

GONZALO.—Sí, sí..., basta de farsas. Lo que tú pretendes es armar un escándalo y que sepan todos...

REME.—No, señor. Yo lo que quiero es que se vaya esa mujer.

GONZALO.—¿Y con qué derecho?

REME.—Con ninguno. Que me interesa su bien de usté más que a nadie.

GONZALO.—¿Más que a nadie?... ¡Calla! Calla, por lo que más quieras, y no hagas que ese asco que siento por haber tenido contigo una hora de incomprensible flaqueza, que me avergüenza y me repugna, se convierta en desesperación brutal, y me ciegue, y... (*Amenazador.*)

REME.—¡Pues ciéguese usté si quiere, que más ciega he estao yo!... ¿Que le doy vergüenza?... Que una ha sío tonta, pero tonta porque ha querido... Y sufre y sufre. (*Enfurecida.*) Y es que una

también es una mujer... Sino que quiere una así, a lo bruto, y dice una lo que siente y como lo siente, que es lo malo. Ya lo sé.

GONZALO.—Bueno, baja la voz, que no quiero que sepa nadie...

REME.—¡Claro, que no lo sepan!... ¡Como una es un pingajo tan asqueroso!

GONZALO.—No he querido ofenderte.

REME.—(*Llorando.*) ¡No poco!

GONZALO.—No, no he querido ni quiero ofenderte. Pero ¿por qué pretendes meterte en mi vida? ¿Quién eres tú para eso?

REME.—No soy nadie, ya lo sé. Nadie. Lo más ruin. Como que únicamente he sío pa usté la mujer de los días de malhumor. Cuando se ha encerrado usté en casa porque se le ha acabao la alegría y el dinero, ¡yo! Cuando ha venío usté desesperao de las malas faenas que le hacían otras, ¡yo! Yo pa pagar el malhumor, y divertirle un rato, y aguantarle sus perras, y pagar el daño que le hacían las demás... Y yo, con tal de hacerme la ilusión de que le daba un poco de alegría, aguanté too lo que fuese... ¡Hasta callarme pa que nadie se enterara y no le diera vergüenza!...

GONZALO.—No..., yo no he querido decir...

REME.—Sí, sí. ¿Y aun me pregunta usté que quién soy? ¡Nadie! Una infeliz a la que ha hecho usté desgraciá y que se repudre y lo calla pa que no se le burlen esas gandulas que se reparten su vida y su fortuna, que es lo único que de usté les importa.

GONZALO.—Bueno, bueno. Calla.

REME.—Ya me callo. Pero eche usté a esa mujer.

GONZALO.—¿Pero por qué te inquieta ésa y no las demás?

REME.—Porque tengo la corazoná que ésa es de las que se quedan, y lo arruinará a usté, y lo perderá. Estoy segura. Tiene una cosa maligna en los ojos...

GONZALO.—Bueno, no te inquietes. Yo he de vivir con mis corazonadas, no con las tuyas, y lo que me pase, para mí ha de ser. De modo que como hagas o digas una sola palabra contra esa muchacha no estás a mi lado ni un minuto más.

REME.—Pero ¿es que no se va a ir?

GONZALO.—No.

REME.—Pues entonces yo soy la que se va; no quiero estar aquí un minuto más. Ya le he dicho a mi madre que pue que hoy nos fuéramos.

GONZALO.—Haz lo que te parezca. Yo, económicamente, no te abandonaré.

REME.—¡Bah! ¡Qué me importa eso!... No quiero naa. Yo me

sé morir de hambre tan a gusto... ¿Y no tendrá una donde ganarse siquiera un cacho de pan?... Hale, hale, Reme..., a la calle, que es de todos!...

GONZALO.—Conste que te vas porque quieres.

REME.—Porque quiero, ¡ya lo creo! ¡No sabe usté la verdá que dice! Porque quiero y no quiero sufrir ¡ni perderme! ¡Ojos que no ven!... Adiós, y dígale usté a ésa..., lo que sea, que le quiera a usté como yo le quiero.

GONZALO.—¡No levantes la voz!

REME.—¡Que le quiera a usté sin interés y con lealtad, porque si no vuelvo..., y ¡ay de ella!

GONZALO.—¡Por Dios, que no te oigan!

REME.—¡Y ay de ella y ay de mí!... (*Las jura.*) ¡Por éstas!

GONZALO.—¡Que te calles digo!

REME.—Si me callo, me callo... ¡Voy a marcharme, y no me sentirá nadie, ni la tierra! ¡Y le digo a usté adiós, y no quio ni llorar pa que no se oiga!... ¡Adiós!... ¡Adiós!... (*Vase.*)

GONZALO.—(*Desesperado.*) ¡Yo tengo la culpa!... Es decir: yo..., ¡la bestia inmunda que muchas veces llevamos dentro! (*Abriendo la puerta donde ocultó a Dani.*) ¡Sal!

ESCENA XIII

GONZALO y DANIELA.

DANIELA.—¿Qué ha pasado?

GONZALO.—Nada. Las impertinencias de la confianza. ¡Pero se va, se va ahora mismo!

DANIELA.—¿Y no sería mejor que yo me fuese, Gonzalo?

GONZALO.—¡Qué locura! Tú no te vas de aquí. Que se vaya ésa; que se vayan todos. Así se renovará mi vida entera.

DANIELA.—¿No lo sentirás algún día?

GONZALO.—De ti depende.

DANIELA.—¡Entonces te alegrarás siempre!

GONZALO.—Pues vas a ver. Aguarda. (*Llamando con resolución.*) Pepe, Campitos, Meli...

ESCENA XIV

TODOS

PEPE.—Qué, ¿nos vamos al baile?

GONZALO.—Marchaos vosotros. Yo no voy.

PEPE.—¿Que no vienes?

TODOS.—¿Por qué? (*Con asombro.*)

MELI.—Pero ¿vamos a interrumpir la juerga?

GONZALO.—Por mí, interrumpida. Perdonadme, pero no la puedo seguir.

LUISA.—(*Indignada.*) Oye, monada, en serio, ¿pero es que dura todavía la broma de esta jovencita?

GONZALO.—Esta broma va a ser larga, Luisa.

LUISA.—No lo creo, pero lo que va a ser es movidita porque la voy a dar una paliza a esta golfa.

GONZALO.—(*Indignado.*) ¿Qué estás diciendo, loca?

LUISA.—Que la voy a dar unos azotes.

DANIELA.—¡Eh, no, no!... ¡A mí, no! ¡Las réplicas al dueño de la casa! Yo soy visita.

LUISA.—¡Tú eres una cínica y una sinvergonzona que te voy a saltar los dientes y a romperte las narices!

PEPE.—(*Sujetándola.*) ¡Por Dios, Luisa!

DANIELA.—¡A mí, no! El señor tiene las mismas cosas que yo en la cara. Rómpaselas usté a él.

GONZALO.—Ni a mí, ni a ti. Lleváosla, que se tranquilice. Esto no tiene remedio, Luisa. ¡Mudanzas del querer!

LUISA.—¡Caray con las mudanzas, hijo!... ¡Pero si tú eres el Federico del Rieu del amor!...

ROQUITA.—¿Pero es que nos vas a desairar, Gonzalete?

GONZALO.—No os desairo, pero me apetece quedarme en casa. Voy a ver si empiezo a hacer lo que quiera.

LUISA.—¿Lo que quieras?... (*Ríe.*) ¡Ja, ja, ja! Menos que nunca. Ya lo verás, ¡so primo!

NINI.—Pues vámonos.

MELI.—Dejemos el campo libre a la niña.

NINI.—Que usté lo pase bien..., pero pue que no.

CAMPITOS.—Salú, jovencita. Adiós, primo... hermano.

LUISA.—(*A Dani.*) Y permita Dios que salgas como has entrao: en un canasto.

MELI.—¡De verano! (*Salen todos despidiéndose con burlas y algazara. Dani descorre las cortinas del ventanal.*)

PEPE.—(*Que ha quedado, a Gonzalo.*) Bueno, Gonzalín: ya que no vienes, ¿me puedo llevar tu abrigo?

GONZALO.—No.

PEPE.—(*Asombrado.*) ¿No?

GONZALO.—No.

PEPE.—Bueno, pues entonces, ¿me puedes dar diez duros pal billete y cena, porque ya sabes que yo...?

GONZALO.—No.

PEPE.—(*Con mayor sorpresa.*) ¿No?

GONZALO.—No.

PEPE.—¿Y son estos los frutos que recojo de una amistad de diez años?... ¡Que me niegues el abrigo y el peculio!... ¿Son estos los frutos?...

GONZALO.—Estos.

PEPE.—Está bien. Diez años... poniéndome la ropa que te sentaba mal, estrenándote las botas pa que el daño me lo hicieran a mí... y usando tus corbatas más horribles... Está bien. ¡Prefieres a una amistad verdadera el amor fugitivo de una advenediza! Pa ti haces. Con Dios. Una advertencia. Esa niña no es de las de "Una más a la lista". ¡Al tiempo! (*A Dani.*) ¡Adiós, rica! ¡Salú y estabilidad! (*Vase silbando un tango.*)

GONZALO.—¡Se fueron!

DANIELA.—¡Gracias a Dios!

GONZALO.—Voy a llamar a que nos preparen algo de cena. (*Llama. Pausa.*) ¿Qué hacen ésas?... (*Vuelve a llamar. Pausa.*) ¡Calla, que ya no me acordaba!... ¡Sí!... ¡Sin duda se han ido también!... ¡Nada, que nos han dejado solos!...

DANIELA.—¡Mejor!... ¡Mi ilusión!... (*Abre el balcón. Se escucha algarabía de máscaras; entran por el balcón, donde Gonzalo y Daniela están abrazados, confettis de todos los colores, serpentinas. Se escucha cada vez más cerca un alegre pasodoble ejecutado por una estudiantina de guitarras y bandurrias.*)

PEPE.—(*Asomándose.*) ¿No tienes siquiera un pitillo?

GONZALO.—¡Jesús, qué pelma!... Nada, hombre, no tengo nada. ¡Vete! (*Se asoma al balcón desde fuera. Pausa.*) ¡Solos!...

DANIELA.—¿Estás contento, Gonzalo? (*Cierra el balcón.*)

GONZALO.—¡Que si lo estoy! ¿Oyes esa alegría? ¡Pues parece que sale toda entera de mi corazón!

T E L O N

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero, sino que el saloncito de la "garçonniere" está convertido en un comedor elegante. Es de día.

ESCENA PRIMERA

DON EVARISTO y NOLO, muy bien vestidos, sentados a la mesa, comiendo a dos carrillos. Les sirve la GREGO, que parece una doncella improvisada, de cierto aire chulesco.

DON EVARISTO.—Oye, Grego: ten la bondad de darme la cucharadita, que me va disminuyendo la apetencia. (*Se la sirve de un frasco de medicina que habrá en la mesa.*)

GREGO.—Yo creo, con permiso de usté, que no debía usté tomar nada más pa abrirse el apetito, porque si se lo sigue usté abriendo de esta forme se come usté un jamón y no se lo cierra.

DON EVARISTO.—Sirve y no comentes, ¡rica!.

GREGO.—Yo, pa ahorrarle a usté las cuatrocientas pesetas mensuales de bicarbonato. (*Retira los platos y pone otros.*)

NOLO.—Pero qué guapa está la Grego de doncella, ¿eh?

GREGO.—Es que esto de doncella, aunque no sea más que como traje, favorece mucho.

DON EVARISTO.—¡Y cualquiera diría que hace un mes estabas vendiendo lechugas en la calle de la Ruda!

GREGO.—¡Pues ya verán ustés!... ¡En cuanto le coja el aire a la cofia y domine la salsera, al Richs! (*Sirve de un plato nuevo.*)

NOLO.—¿Qué nos traes ahora?

GREGO.—¡Una langostita con caparazón y todo que huele que marea!

NOLO.—¡Mi madre! ¡Hasta crustáceos!... ¡Esto es la gloria, papá!

GREGO.—¡Qué diferencia de estos almuercitos a aquellas judías viudas de la cae los Abades!

DON EVARISTO.—¡Que éramos tres a comerlas y rifábamos las cucharadas! ¡Y cómo ha variao todo!... ¡Lo que hace el saber! ¡Es mucha mujer la Dani pa colocarse!

NOLO.—No hay otra para los hombres. Es una idiotizapollos. ¡A este don Gonzalo lo tie modorro!... Y el caso es que no para con ninguno. En dos años la he visto almonedear cinco pisos alfombraos. Tres con piano de cola.

DON EVARISTO.—No olvides al manager que la dirige.

GREGO.—¡Ya, ya!... ¡Menudo animador! Pero es que ella yo no sé qué tiene cuando la emprende con uno que lo deja en ocau.

DON EVARISTO.—Bueno, no comentes, y ojito, que esa langosta...

GREGO.—Es a la americana.

DON EVARISTO.—Pues ten cuidao, que ha sido al chaleco... (*Se limpia de algunas salpicaduras.*)

GREGO.—Que una está acostumbrá a servir así, a boleo, y en cuanto se quiere una poner fina y raciona se le desparrama la salsa.

DON EVARISTO.—Por eso te estoy diciendo siempre lo mismo. ¡Afínate, afínate!

GREGO.—¡Jesús!... Bueno, esta tajá me la voy a comer, no les manche a alguno de ustedes. (*Se la come.*)

NOLO.—¡Afínate, Grego, afínate; créenos!

GREGO.—¡Too el mundo lo mismo! ¡Afínate, afínate!... ¡Pues, hijo, ni que fuera una un piano! ¿Es que van ustés a dar un concierto con una servidora?

DON EVARISTO.—¡Chitss, calma y no te desmandes, que ya te lo he dicho. En esta casa finura, modos, principios... Formas.

GREGO.—Pues de eso..., vamos, una procura...

NOLO.—¡Silencio, que sale la interesada!

ESCENA II

Dichos y DANI con un pijama elegante.

DANIELA.—(*Asombrada.*) Pero, ¿todavía están ustedes almorzando?

NOLO.—¿Cómo todavía? Hemos empezado a las doce y cuarto; son las tres y media, no creo yo que...

DANIELA.—¡Qué barbaridad!... ¡Tres horas comiendo!

NOLO.—Además hemos comido pechugas, y eso entretiene.

DON EVARISTO.—No olvides que la lentitud en la ingestión gástrica es antidispéptica, antigastrálgica y anti...

DANIELA.—Bueno, pues cuanto antis terminen ustedes, porque Gonzalo está acabando de bañarse y quiere almorzar en seguida.

NOLO.—Eso es otra cosa. ¡Oye, Grego: tráete las albóndigas y el flan chino, que hay prisa!

DANIELA.—¡Oye, rico, y qué trajecito llevas!

NOLO.—¿Yo?... ¡No me recuerdo! (*Se mira.*) ¡Ah, uno gris!

DANIELA.—Muy elegante. ¿Dónde te vistes?

NOLO.—Ahí, en la alcoba.

DANIELA.—Pues ya sé lo que te ha costao. Cogerlo del armario.

NOLO.—(*A su padre con tristeza.*) Han empezao las pullas, papá.

DON EVARISTO.—¡Paciencia, hijo!

DANIELA.—La camisa no la conozco.

NOLO.—Ya te la presentaré.

DANIELA.—Y los zapatos...

NOLO.—De Gonzalo, pero me están estrechos; de modo que no son ninguna ganga.

DANIELA.—¿Entonces lo único que es tuyo es la poca vergüenza?

NOLO.—Y los calcetines. Una setenta y cinco en los "Almacenes Gorgonio" de la cae la Comadre. Ya mandarán la cuenta...

DANIELA.—Ahora una preguntita a usté. Los diez duros que había encima de la mesa del despacho, ¿quién los ha cogido?

DON EVARISTO.—¿Los diez duros?... (*Como haciendo memoria.*) Aguarda... (*A Nolo.*) Pues los ha cogido..., los ha cogido... ¿Fuiste tú o yo?

NOLO.—Yo, para usté.

DON EVARISTO.—¿No fuí yo para ti?

NOLO.—Juraría que usté me dijo que yo..., pero para los dos.

DON EVARISTO.—¿Y qué hice yo con ellos, que no me acuerdo?

NOLO.—Guardárselos. (*Sigue comiendo.*)

DON EVARISTO.—¡Ah, sí! ¡Claro, que ya le va faltando a uno la memoria.

DANIELA.—Bueno: y de las investigaciones de usté respecto al estao de fortuna de Gonzalo, ¿qué?...

DON EVARISTO.—Tono bajo. (*Hablan en voz baja.*) Nada... Que llegué ayer mañana de Córdoba, sino que como estáis en una luna de miel perpetua no tuve tiempo de hablaros.

DANIELA.—¿Pero de los asuntos que nos interesan...?

DON EVARISTO.—Fatales. Gonzalo está en plena debâcle.

DANIELA.—¿De modo que lo de Andalucía...?

DON EVARISTO.—Todo perdido. Entre la ley agraria, que ha sido un acierto... para dejar en la calle a todo el mundo; los prestamistas, que ya tenían a la mitad de la gente en la acera; el aposentamiento, que es meterte gente en tu casa para que tú no quepas, y el obrero del campo, que no quiere trabajar más que ocho horas... cada semana, pues la riqueza agrícola se ha convertido en pobreza rústica, y ha dado un bajón que la fortuna de Gonzalo se ha quedado reducida a dos reales de aceitunas, y me corro. El tío ese que va pregonando: "Liñás, liñás, a perra doy", le vende la cosecha en hora y media, no te digo más.

DANIELA.—¿Pero es posible?

DON EVARISTO.—Allí estuve hablando con un mozancón muy simpático y bastante sinvergüenza, hijo del administrador, según creen algunos, que me dijo que como Gonzalo no ha hecho más que empeñarlo todo y pedir sin tino, que allí no le quedan más que cuatro garrapizales de nada con tres docenas de olivos, que, bien explotados, darán una cantidad de aceite como para freír kilo y medio de merluza y me alargo mucho...

DANIELA.—¿Entonces la fortuna de este hombre...?

DON EVARISTO.—Tono bajo. (*Vuelven a apianar.*) Pues este pollo no tiene más fortuna cierta que esta casa, y para eso hipotecada. Si con la venta se puede levantar la hipoteca y que queden quince mil duros será todo lo de Dios.

DANIELA.—¡Mejor!

DON EVARISTO.—¿Qué dices?

DANIELA.—¡Que sí, que prefiero este fracaso! ¡Yo había emprendido esta aventura animosa y alegre!... Vengarme en todos los hombres del que me hundió en la infamia es mi única ilusión. Y claro, me salió al paso este necio, pretencioso, despreciador de mujeres, y dije: "Vamos con éste, que es tonto perdido..." ¡Pero ahora resulta que es un pipi que se ha enamorao, tío!

DON EVARISTO.—¡Claro, como que es tonto!

DANIELA.—Pero yo con el amor no quiero bromas. Cuando estos idiotas se ponen serios son trágicos. La última finca la ha vendido para llenarme a mí de alhajas y de lujo porque, según dice, me adora locamente, y si reacciona...

DON EVARISTO.—Pero tú no le has puesto un puñal al pecho.

DANIELA.—Pero no quiero que me lo ponga él a mí. ¡Yo no sigo!

DON EVARISTO.—¡Calma, chatita, y déjame rebañar los quince mil duros que quedan al pollo!

DANIELA.—¡Que no, tío, que no sigo!

DON EVARISTO.—¡Que sí! (*Iracundo.*) ¡Yo no dejo las cosas a medias, ea! ¡Tienes el capricho, me metes en la aventura y ahora... te acobardas!... ¡Narices!

DANIELA.—Tono bajo. (*Bajan la voz.*) ¡No creí que se enamorara!

DON EVARISTO.—Pues eso es precisamente lo que nos favorece. Si en su estado normal es tonto, enamorado será un idiota que podrás manejar a tu capricho.

DANIELA.—No, tío. De esto sé yo más que usté. Un tonto enamorao es un loco. Y éste ya lo está. Además, aquella mujer iracunda que se fué de aquí el día de mi llegada ronda esta casa. La he visto muchas veces. Acecha. Estoy inquieta. ¡Otra loca!

DON EVARISTO.—No le hagas caso a esa criaducha. Déjamela a mí; es una sentimental de fregadero.

DANIELA.—¡Quia!... Esa puede con todos; lleva la fuerza del despecho.

NOLO.—Sí, papá. Tono bajo. (*Cuchichean más bien que hablan.*) Tiene razón Dani. Es una mujer siniestra. El otro día me la encontré en la esquina. Llevaba yo el terno café con leche y me echó una mancha de grasa que me pringó un lao de la americana, parte del chaleco y toda la región autónoma del pantalón... ¡Figurarse si el traje llega a ser mío!... Y, además, me dijo con voz cavernosa: "A ti te desnudo yo."

DANIELA.—¿Lo oye usté?

DON EVARISTO.—¿Pero te vas a asustar de que te desnude una mujer?

NOLO.—No, si yo no me asusto; porque a mí me desnuda y ella verá...; pero yo creo que esta amenaza puede envolver otra; porque quién le dice a usté que esta mujer no quiere desnudarme para ahorrarles trabajo a los de la clínica de urgencia el día que me lleven descosido a puñaladas, porque con esta señora, cosido no me llevan.

DANIELA.—Además, sospecho que esta mujer, el día que se mar-

chó, se llevó la llave de la puerta interior, y que el día que menos lo pensemos aparece de pronto, y..., ¡una loca!... ¡Figuraos!

DON EVARISTO.—¡Porra!... Hombre, eso ya...

NOLO.—¡Canastos!... Pues sí que... (*Se oyen pequeños ruidos. Asustadísimos.*) ¡Recontra!... ¿No oyen ustedes?...

DANIELA.—Es Gonzalo. Silencio.

NOLO.—¡Qué susto! (*Come un pastel.*)

DON EVARISTO.—Tono brillante.

ESCENA III

Dichos y GONZALO, que sale por la izquierda, en pijama, haciendo un "cock-tail", agitando sin cesar la cocktelera.

GONZALO.—(*Reparando en los habanos que encienden y en la mesa que han dejado.*) ¿Qué, se vive, eh? ¿Se vive?...

DON EVARISTO.—(*Hablando con tono enfático.*) Al menos se procura vivir con una vida que prestigie la opulenta y noble casa con cuya hospitalidad nos honramos.

GONZALO.—No, por Dios, la honrada es la casa. ¡Ustedes de ninguna manera!

DANIELA.—¡Por Dios, Gonzalo!... ¿Pero otro *cock-tail*?... ¡Que llevas seis!

GONZALO.—¡Saben ustedes tratarse, caramba!... Veo aquí restos de un almuerzo opíparo... (*Reparando en los restos del almuerzo.*) Pollo...

NOLO.—¿Qué?

GONZALO.—Nada, digo que pollo, langosta a la americana...

NOLO.—¡Ah, creí que lo de pollo era por mí!

GONZALO.—¿Pero usté ha tenido plumas alguna vez?

DON EVARISTO.—Nosotros comeríamos más modestamente, pero sabemos dónde estamos, y cuando hay que sostener una alcurnia se sostiene.

GONZALO.—Y cuando hay que atracarse, se atraca uno, ¡qué me va usté a decir a mí! (*Dándole con la cocktelera.*) ¡So gélido!

DON EVARISTO.—(*Fingiendo una gran risa.*) ¡Gélido!... ¡Oh, pero por Dios!... ¡Ja, ja, ja!... ¡Es usted de un humorismo a la Mark Tawain!

GONZALO.—¡Quia! Es un humorismo con vistas a las sopas de ajo... Sino que no hay peor sordo que el que quiere atiborrarse. ¡Y a ti, Nolito, cada día te veo más elegante! Qué bien vestimos, ¿eh?... ¡Y vaya el plural en todo su alcance!

NOLO.—¡No vestimos mal, no!... Comparto la teoría de mi padre: o duplico la dignidad de la casa donde estoy o no la habito. Es mi divisa.

GONZALO.—Tu divisa es la de un Miura; lo que coges lo haces astillas. Me estás aniquilando el guardarropa. Nada más que esa poquedad.

DON EVARISTO.—¡Yo no he visto un espíritu satírico de mayor causticidad que el suyo, mi culto y discreto don Gonzalo!

GONZALO.—¿No, verdad?... ¡Pues beba usté una copita, y tú otra..., mis glaciales y frígidos convivientes!...

DON EVARISTO.—Gracias, mi perínclito y asendereado amigo. (*Bebe.*)

GONZALO.—¡Y le suplico a usted parquedad en los adjetivos, mi retórico y amable parásito!

DON EVARISTO.—Usted los merece todos porque es un caballero de la cabeza a los pies.

GONZALO.—No me elogie usted los pies porque algún día puede que se arrepienta.

DON EVARISTO.—¿Pero no es usted un caballero?

GONZALO.—Esa ilusión me hago, sino que somos tantos a hacérnosla que ya duda uno...

DON EVARISTO.—Yo no dudo.

GONZALO.—Porque es usted un carente de vergüenza como una loma.

DON EVARISTO.—Hombre, no creo merecer esa jocunda diatriba...

GONZALO.—Usted lo merece todo. Las cosas diáfanas. ¿A qué andar con paños torrefactos?

DON EVARISTO.—¡Ja, ja!... ¡Puro Tawain! ¡Puro Tawain!

DANIELA.—¡Por Dios, Gonzalo!

GONZALO.—Y tú ¡bebe también, Dani! ¡Bebamos todos! (*Le da a ella.*) ¿Usted no es mi administrador? ¿Tú no eres mi secretario?... Pues a beber..., ¡y no hay más! Y oigan ustedes... (*Acariciando a Dani.*) A mí me ha gustado hasta el delirio este melocotoncito fino, sabroso..., ¿no, cielo?... (*La acaricia.*) He tenido que tomarlo como venía (*Por ellos.*): con pellejo y todo. Ya lo mondaré y tiraré las mondas.

DON EVARISTO.—Lo de monda es por menda..., y usté perdone el retruecanillo; pero el cocktelito me incita a ciertas libertades...

DANIELA.—Mira, Gonzalo: no bebas más, que mi tío quería hablarte de tus asuntos de Andalucía.

GONZALO.—¡No, no, por Dios! ¡Nada de asuntos! ¡Ni de negocios!... ¡No quiero saber nada... de nada!... ¡No saber es gozar!...

ESCENA IV

Dichos y la GREGO, izquierda.

GREGO.—Señorito...

GONZALO.—¿Qué pasa, sirena del Rastro?

GREGO.—El señorito que vino anteayer, y volvió ayer, que ha venido hoy.

GONZALO.—¡Pepe Fu!

GREGO.—Eso dice él.

GONZALO.—¡Pero, al cabo del tiempo, ese ganso...! ¡No lo recibo, ea; no quiero nada con el pasado!... ¡Más gorrones, no! Estoy surtido. Aquí tengo un tronco.

DANIELA.—¡Sí, hombre, recíbelo, por Dios! Ya ves cómo insiste...

GONZALO.—Algún sablazo; de seguro.

DANIELA.—Lo que sea. Recíbelo, yo te lo ruego. No crean que te tengo secuestrado.

GONZALO.—Bueno, pues recíbelo tú. (*A Nolo.*) Entretenlo mientras me hago otro cocktelito. Así me doy pote de secretario particular. Que espere un momento. (*Aparte.*) (¡Bueno te va a poner con lo bruto que es!...) (*Vanse primera izquierda Daniela, Gonzalo y don Evaristo.*)

NOLO.—(*A Grego.*) Sí que es una comisioncita; pero, en fin... Que pase el señor Fu.

GREGO.—(*Desde la puerta.*) Que pase usté.

ESCENA V

NOLO, PEPE FU. Se va la Grego.

PEPE.—(*Viene derrotado de indumentaria, sin exageración.*) Pasao. Servidor. A la suya. (*Reverencia burlona.*)

NOLO.—A la de usted. (*Aparte.*) (No sé a qué se referirá.) Aguarde un instante, que ahora saldrá Gonzalo.

PEPE.—Gracias a Dios que le puedo echar la visual a este trueno.

NOLO.—Pobre porfiado... Y usté perdone lo de pobre...

PEPE.—Lo de porfiado... ¡Lo de pobre está a la vista! (*Aparte.*) (Este es el animal que me ha sustituído a mí.)

NOLO.—¿Qué?...

PEPE.—Nada alarmante. No se erice, pollito.

NOLO.—Hay para sentarse. (*Señalándole una silla.*)

PEPE.—Guilao, pero no apetezco. (*Aparte. Sin dejar de mirar a Nolo.*) (¡No se me puede comparar! ¡Hasta en los sinvergüenzas hay jerarquías!)

NOLO.—(*Escamado.*) ¿Qué?

PEPE.—Nada alarmante. Siga sin erizarse. Que usté, por lo visto, es el que me ha sustituído a mí, ¿no?...

NOLO.—¿Yo?... ¿Que le he sustituído?... No comprendo...

PEPE.—Sí, hombre. Ese traje es de Gonzalo.

NOLO.—Perdone usté. Este traje...

PEPE.—¡Pero si me sé el guardarropa de memoria!... Si ese traje lo he llevado yo, y cuando me lo ponía me echaban piropos en la Puerta del Sol. ¡Sino que usté es un cuelgapingos!

NOLO.—¿Yo un cuelgapingos?... ¡Oiga usted, señor Fu!

PEPE.—Y un desastrao.

NOLO.—¿Servidor?

PEPE.—¡Pues claro, hombre! (*Haciendo lo que dice.*) De la americana se abrocha el botón del centro nada más..., y estírese el chaleco, que le hace bolsas... (*Se lo estira con tirones exagerados.*)

NOLO.—Oiga, oiga...

PEPE.—Y el pañuelo, sin colgar, que eso es de horteras (*Se lo arregla.*), y apriétese más el nudo de la corbata, que se le ve el pasador del cuello y hace feo...

NOLO.—Oiga: no apriete, que agarrota.

PEPE.—¡Qué agarrota ni qué narices!... Cuando no sabe uno llevar un traje que no es suyo lo deja en el armario.

NOLO.—¡Caray, que no creo yo que sea para tanto!

PEPE.—Y si tuviera usté delicadeza estética se desnudaría inmediatamente. A menos que no lleve usté calzoncillos...

NOLO.—Pues ahí está, que...

PEPE.—La ropa blanca la guarda en el armario negro.

NOLO.—Sí, ya lo sé; pero ahora quita la llave.

PEPE.—Es que yo me mudaba prudencialmente, y usté, por lo visto, se muda con una conductora. ¿Pues y de tonos?... ¡Míralo! Corbata azul, pañuelo verde, guante amarillo... Ni la delicadeza en los matices, ni la armonía del color... ¡Usté es un loro en la muda, hombre!

NOLO.—¡Hombre, eso de loro yo no creo que...!

ESCENA VI

Dichos y GONZALO, izquierda.

GONZALO.—(*Agitando la cocktelera.*) ¿Pero qué haces?

PEPE.—Adecentándole a este primo. Has perdido en la contrafigura. Yo era de otro estirpe; golfo, pero oriundo de persona decente.

NOLO.—¡Este tío está loco!...

PEPE.—¡Mándese mudar, y no más, que dicen los argentinos!... ¡Andese, polluelo!...

NOLO.—Bueno, pero no empujar... (*Vase derecha.*)

GONZALO.—No le hagas caso. Es un guasón.

PEPE.—Era. Sino que la verdad siempre parece una broma.

GONZALO.—¿Y cómo tú por aquí?

PEPE.—Ya lo ves. Quizá a enturbiar tu dicha, que diría un cursi.

GONZALO.—No, hombre, que me alegro. Siéntate.

PEPE.—Tantas gracias. Y perdona la visita, chico.

GONZALO.—Nada, hombre...

PEPE.—¡Ay, Gonzalo! (*Con creciente emoción.*) ¿Me dejas que te abrace?

GONZALO.—Sí, hombre... (*Se abrazan y se sientan.*) Bueno: ¿y cuánto quieres?

PEPE.—(*Con extrañeza.*) ¿Yo?

GONZALO.—Contesta.

PEPE.—Espérate, que estoy emocionado.

GONZALO.—¿Pues...?

PEPE.—Porque es la primera vez de mi vida que te voy a decir que no quiero nada.

GONZALO.—(*Riendo.*) ¡Vaya..., no gastes bromas! ¿Cuánto?...

PEPE.—(*Muy serio.*) ¡Que nada! ¡Palabra de honor!

GONZALO.—No lo creo. Voy a hacer la prueba. Mira ese billete. (*Se lo da.*)

PEPE.—(*Coge el billete. Lo mira por los dos lados. Lo dobla y se lo devuelve.*) Legítimo. Pero ahí lo tienes. No lo quiero.

GONZALO.—¿Oye, pero eres tú?

PEPE.—A veces dudo; pero soy yo.

GONZALO.—Entonces ¿es que tienes dinero?

PEPE.—Ni gorda.

GONZALO.—¿Pero estarás al corriente con la vida?

PEPE.—¡Quia! De indumentaria, ya lo ves... El mezclilla de hace tres años.

GONZALO.—¿Y de alimentación?...

PEPE.—Algo atrasadillo. Esta tarde me he tomado el desayuno de anteayer.

GONZALO.—(*Volviendo a alargarle el billete.*) ¡Pepe!...

PEPE.—(*Rechazándolo.*) Pero no me dejo caer en la tentación. No quiero nada.

GONZALO.—Pero un *cock-tail.*

PEPE.—Eso sí. Lo superfluo no se desaira porque no denigra. (*Fuma y bebe.*)

GONZALO.—¿Pero qué orgullo es ese?

PEPE.—Uno que he estrenao hace poco; déjame que lo luzca.

GONZALO.—¡Caray! Me alarmas.

PEPE.—Tú sabes, Gonzalo, que yo era un gorrón indigno cobijado a la sombra de tu fortuna. Me echaste inopinadamente a la calle, y al separarme de ti, despechado, lo primero que eché de menos fué tu casa, tu mesa, tu ropa, tu generosidad. Luego, ya resignado a la miseria, decía: "Aquel idiota, tan simpático, con sus bromas, su alegría, su buen humor..." Y es que primero lamenté la pérdida de la gorronería; pero luego sentí haber perdido tu afecto, tu cariño..., y entonces fué cuando comprendí que te quería como un amigo... (*Al verle emocionado.*) verdadero.

GONZALO.—Oye: ¿pero te saltan las lágrimas?

PEPE.—No sé, porque como yo he sido siempre un tarambana sin voluntad y no he mandado nunca en mis cosas, a lo mejor mis lágrimas puede que salten, briquen, qué sé yo... Pero no las hago caso.

GONZALO.—(*Abrazándolo.*) ¡Pepe!

PEPE.—(*Conmovido.*) ¡Gonzalo!

GONZALO.—(*Pausa.*) ¡Pero no llores (*Venciendo su emoción*), tú, que te prefiero golfo! La decencia entristece. ¿Conformes?

PEPE.—(*Riendo.*) Conformes.

GONZALO.—Bebe otra copa. (*Se la sirve.*)

PEPE.—Sí, bebamos... Será mejor. (*Beben.*)

GONZALO.—Bueno, y dime, Pepito: ¿tú, si no has venido a algo que te interese a ti, has venido a algo que me interesa a mí?

PEPE.—Desde luego.

GONZALO.—¿Ves qué lógica?... A pesar del alcohol se razona, ¿eh?

PEPE.—Pues sí, chico; yo he venido porque te quiero.

GONZALO.—¡Ole!... Gracias. (*En el resto de la escena se acentúa la excitación del alcohol.*)

PEPE.—Y a decirte que vivas alerta.

GONZALO.—¿Alerta yo?... ¿Por qué?

PEPE.—Porque te rodea una gente maleante que está explotando el único amor noble y generoso que ha vivido en tu corazón.

GONZALO.—¡Silencio, Pepe!... ¡Calla, calla!...

PEPE.—Es que esa mujer y los individuos que se han metido en tu casa...

GONZALO.—Chitss... No me digas nada. A ella no la juzgo...; pero ellos sé lo que son y lo que valen. Cuando adquieres una cosa que te gusta en un comercio te la dan envuelta en algo que luego tiras. Sí, son unas malvaos, ya lo sé... ¡Pero qué voy a hacer!... Ellos no me importan... ¡Ella!... Con el amor, ni se razona, ni se lucha porque es una pretensión ridícula. ¿Que ella es un alma deleznable?... Puede... En el camino que yo recorría no me iba a encontrar una virtud acrisolada ni una lealtad perfecta. Pero sea como sea, amo a esta mujer locamente, ciegamente, y me entrego a ella en cuerpo y alma... ¿Comprendes, Pepito? ¡En cuerpo y alma!

PEPE.—Pero es que ella no te ama, Gonzalo.

GONZALO.—¡Y qué más da!... Si no amáramos más que a quien nos ama en el mundo, ¿amaríamos a alguien? Yo no he querido nunca—¡tú lo sabes!—. Cuando me faltó mi pobre madre me dediqué a conocer todo aquello que tan lejos me habían puesto; yo no soy tonto, y pude darme cuenta en seguida del ambiente que me rodeaba; me sabía ridículamente feo. Las mujeres me decían ¡rico! y yo ignoraba el significado de este piropo, y como rico me comportaba. Derroché a manos llenas mi caudal; pero mi corazón era enteramente mío; hasta que surgió esta pícara, o lo que sea, y me metió en su canasto, en aquel canasto en que se me apareció, y aquí me tienes entregado por entero a esta mujer. ¿Que este amor me lleva al desastre? ¡Mejor!... ¿Que me lleva a la muerte?... ¡Iré a gusto!... Porque ella, ¡ella vendrá conmigo!

PEPE.—Gonzalo, no sé qué encuentro en tus palabras...

GONZALO.—Pues la inquebrantable resolución de amar a esta mujer con un frenético amor que no cederá ante nada—óyelo bien—, ¡ante nada!... Ni ante el temor de haber hecho inútil tu visita..., a pesar de lo que te quiero..., porque yo te quiero muchísimo, querido Pepe... ¡Otra copa, anda!

PEPE.—¡Por Dios, Gonzalo, no más!

GONZALO.—¿Pero tú con esas continencias?... ¡Ja, ja!... ¡El diablo, harto de..., harto de...!

PEPE.—¡No, si por mí!...

GONZALO.—Pues bebe...

PEPE.—¡Pues bebo! (*Beben.*)

GONZALO.—¡Y vamos por más que esto está vacío!... Y no me aconsejes porque quiero recordar aquellos versos: "Ven, Jarifa, trae tu mano, — pósala sobre mi frente, — que en un mar de lava hirviente — mi cabeza siento arder... — Ven, y junta con mis labios — esos labios que me irritan, — donde aún los besos palpitan — de tus amantes de ayer." (*Se va recitándolos en voz baja, abrazado a él y tambaleándose.*)

ESCENA VII

NOLO. Entra con una gran mancha de grasa en la americana, el pelo revuelto y muy pálido y azorado. Por la derecha.

NOLO.—¡Mi ma ma..., mi ma madre!... ¡No hay más que ver..., no hay más que verme para darse cu cu...enta de que la he vuelto a encon... contrar! ¡Otro traje a inválidos!... ¡Y lo de hoy es grasa consistente..., consistente en un kilo..., porque me ha puesto la americana!... Estaba en la esquina oculta, y va, me coge del pescuezo, me extiende con la mano por toda la americana un puñao de grasa y me dice: "¡Lubrificao!" Encima se chotea. Además, me da un puñetazo en la cabeza que me conmociona, me tira el flexible, me revuelve los pelos y grita: "¡No le gastes más fijador!" ¡Se ha fijao hasta en el fijador! Y luego no cabe duda que entra en casa, porque me ha dicho con voz cavernosa: "¡Y la langosta que te has comido hoy estaba envenenada!" Y yo no sé si será el susto, si será la langosta, pero el caso es que tengo una angustia y una... Bueno, yo voy a ponerme el traje marrón... No me gusta, pero no le queda otro..., y me voy corriendo a avisar a mi padre, que estará ahí, en el café de la... Me quitaré éste. (*Se lo quita.*) Lo esconderé aquí. (*Lo esconde debajo de una turca.*) Y voy por el marrón. (*Vase segunda izquierda.*)

BIBLIOTECA ALICANTE

ESCENA VIII

Dicho y REME. Sale cautelosamente con ropa al brazo.

REME.—(*Se asoma como de puntillas.*) ¡Sí, sí..., ve por lo que quieras, que es inútil! Hoy habéis acabao aquí, ¡ladrones!

NOLO.—(*Saliendo. Reme se oculta.*) Aquí está el marrón. (*Saca un traje al brazo.*) Me lo pondré y me... ¡Calle, se me ha olvidao el chaleco; y es que tengo una nerviosidad y una... (*Deja el traje en la turca y vuelve a salir por la segunda izquierda.*)

REME.—(*Sale, quita el traje marrón de donde estaba y en el mismo sitio pone el traje viejo que sacó Nolo en el acto primero; el otro lo oculta donde puede.*) No, hoy te pones el tuyo. El que trajiste y tenías para el trapero en el armario de la cocina. ¡Hoy volvéis a lo vuestro, canallas!

NOLO.—(*Saliendo.*) No daba con el chaleco, y es que... y es que este traje marrón... (*Coge el traje suyo creyendo que es el marrón, y al advertir el cambio, se aterra.*) ¡Mi señora madre!... ¿Pero qué es esto?... ¿Quién me ha cambiao el marrón por un... (*Mirándolo.*) por un ala de mosca?... ¡Y el pantalón con un cuchillo!... (*Por un remiendo.*) ¡Este cuchillo tiene mis iniciales!... ¡Pero, Dios mío, si este es el traje que yo traje cuando no traje más que lo puesto!...

REME.—(*Aparece diciendo en voz baja y enérgica.*) ¡Pues ése es el que te vas a poner!

NOLO.—(*Aterrado al verla. No le sale la voz del susto que tiene.*) ¡Ah, usted?... ¡¡Usted!!

REME.—¡Yo!...

NOLO.—¿Aquí?

REME.—¡Aquí! ¡Y como llames o des un grito te estrangulo! (*Todo con voz reconcentrada.*)

NOLO.—¡Yo qué voy a gritar, si no me sale!... (*Aparte.*) (¡Qué cara de loca!)

REME.—¡A vestirse!

NOLO.—Sí, señora; en seguida... (*Se viste azorado, queriendo meter las piernas por las mangas, etc.*)

REME.—¡Que no quiero ver visiones!

NOLO.—¡Sí, señora, sí; digo, no, señora, no!... ¡Pero es que estoy un poco azorao..., y como me estaba un poco estrecho, y he engordao...!

REME.—Todos habéis engordao. Ya adelgazaréis.

NOLO.—Sí, señora. (*Sin dejar de vestirse.*) ¡Yo ya estoy adelgazando!... (¡Menudo susto!...)

REME.—¡Pronto!

NOLO.—¡Sí, señora, sí!... Ya estoy... El sombrero... (*Lo coge.*)

REME.—Deja ése. El tuyo. Toma. (*Le da el viejo que llevaba.*)

NOLO.—Es que tiene un ala rota.

REME.—¡Mejor! ¡Pues si a ti te dieran alas!... ¡Y ahora a avisar a tu papá!

NOLO.—(*Aterrado.*) ¿Lo va usted a desnudar también?

REME.—¡Puede!... ¡Conque hala!... Silencio.

NOLO.—Oiga usté, pero con esta facha...

REME.—¡A la calle!

NOLO.—¡Qué dirá la chica de la portera!... ¡Porque es que no me puedo abrochar!...

REME.—¡Largo!... (*Le da un empujón.*)

NOLO.—No lo dirá usté por el pantalón. (*Le está corto. Vase corriendo, derecha.*)

ESCENA IX

REME. Luego GONZALO y PEPE por foro izquierda.

REME.—A este crío es que le tengo una hincha que le hacía pedazos. No le dejo un día tranquilo. Ya no le llaman en too el barrio más que el chico de la mancha. ¡Y el señorito sin ver que le engañan y le saquean!... ¡Claro, esa mujer le tie borracho perdido, un día y otro, pa que no se dé cuenta!... (*Se escucha rumor de voces y risas de Gonzalo y Pepe, que vuelven.*) ¡Ellos!... ¡Y el señorito Pepe, borracho también!... ¡El..., que me había prometido!... ¡Pero los hombres son un asco! ¡No tien voluntá ni valor!... Una copa de vino, un poco de alegría, y se olvidan de todo. Pa morirse por lo que quiere tie que ser una mujer... Tiemblo como la hoja del árbol. (*Se oyen las voces más de cerca. Se oculta un poco. Salen ellos. Vuelven bebiendo, riendo, borrachos ya.*)

PEPE.—Bueno, Gonzalo, lo confieso; para los cóktels tienes un don. ¡Nada de Chicote! Ese Chicote es una colilla comparao contigo.

GONZALO.—¡Eres un comprensivo! ¡De modo que anda!

PEPE.—¡Eso de anda! (*Se apoyan uno en otro.*)

GONZALO.—Bueno, agárrate y bebe..., ¡y bebamos!... Dadme

vino...; en él se ahoguen mis recuerdos... Aturdida, sin sentir, huya la vida...

REME.—(*Impidiéndoles beber.*) ¡Señorito, por Dios, no beba más!

GONZALO.—(*Aterrado.*) ¡¡Eh!! (*Se le cae la copa de la sorpresa.*) ¡¡Reme!!

REME.—(*Con humildad.*) Señorito...

GONZALO.—(*Cae sentado en una silla. Con creciente espanto.*) ¿Pero cómo estás aquí?

REME.—Me llevé la llave de la puerta interior.

GONZALO.—(*Aterrado.*) ¡Miserable! Pepe..., échala, que no la vean. (*Pepe trata de levantarse inútilmente. No se puede poner en pie.*)

REME.—Es inútil. De aquí no salgo viva si no hablo con usté.

PEPE.—¡Ya lo oyes!

GONZALO.—¿Y qué quieres decirme?

REME.—La verdá.

GONZALO.—(*Con espanto.*) ¡No!... ¡No quiero verdad ninguna!... ¿Quién eres tú para venir con la verdad a esta casa? Aquí no hace falta la verdad. (*A Pepe.*) ¿Verdad?

PEPE.—Verdad. Ni aquí ni en ninguna parte.

GONZALO.—Conque... ¡fuera! ¡Echala, Pepe!... ¡Si la viera Dani!...

PEPE.—¡Reme..., por Dios! Vete.

REME.—No salgo... Tiene que oírme.

GONZALO.—Habla pronto y vete. ¿Qué te trae aquí?

REME.—El bien de su vida.

GONZALO.—Ya te he dicho mil veces que no necesito tutelas ni protecciones, y menos de ti...

REME.—Ya lo sé. Pero el saberlo no me ha quitado de estar en la calle día y noche. ¡Me parece que no apartando mis ojos de esta casa le voy a espantar el mal!

GONZALO.—¿Pero de qué mal estás hablando?

REME.—¡Usté no ve los ladrones y los asesinos porque están dentro de su casa y de su alma; pero esta gente que tiene usté a su lao le roba y le engaña!

GONZALO.—¡Mientes! Eres una mujer fatídica, cruel, despiadada.

REME.—¡La verdá es así!

GONZALO.—¡Vete! ¡Que me repugnas!... (*Cayéndose de borracho.*) ¡Pepe, que no dé vueltas la habitación; dile a la habitación que pare!

PEPE.—Ya se lo he dicho y no quiere.

GONZALO.—Conque ya lo has oído; vete, te odio.

REME.—Porque el bien que le quiero hacer para usté es el peor daño.

GONZALO.—¿Pero no hay medio de librarse de ti?

REME.—¡Sí!... Que le quiera a usté esa mujer como yo le quería y no volverá usté a verme más. Ya lo dije al marcharme: "Desinterés y lealtad..., o volveré, y ¡ay de ella y ay de mí!..."

GONZALO.—¿Y qué?

REME.—Que no le quiere y que le engaña, y que por eso he vuelto. ¡Y aquí estoy!

GONZALO.—¿Pero qué infamias estás diciendo? ¿Qué sabes tú?

REME.—Esa mujer tiene otro hombre.

GONZALO.—(*Desesperado y loco.*) ¡Mientes! ¡Mientes! ¡Y o callas o te ahogo!...

REME.—Otro hombre que ya está impaciente y loco de lo que tarda en irse de aquí. El tío lo sabe, que le trae los recaos.

GONZALO.—¡Mentira!... ¡Mentira!...

PEPE.—Sí, Gonzalo; eso es cierto.

REME.—Y, además, ese tío bandido ha ido a Córdoba. Pregúntele a Rafael, el hijo del administrador, las canalladas que le ha propuesto para acabar con lo poco que le queda a usté allí.

GONZALO.—(*Enloquecido.*) ¿Eh?...

PEPE.—¡Y aquí, como tú neciamente le diste poderes, está negociando la venta de esta casa para levantar la hipoteca y alzarse con el resto!... ¡Sí, Gonzalo!

GONZALO.—¡No, no, mentís! Eso es una calumnia villana, hija de vuestro despecho, porque os habéis visto suplantados en mi protección y en mi cariño.

PEPE.—¡Gonzalo!...

GONZALO.—¡Aparta!... ¡Aparta!... ¡Eres el hombre inmundo de siempre!... (*Le empuja, derribándole sobre una silla.*)

PEPE.—Quisiera serlo para no afligirte.

GONZALO.—¡Decís que tiene otro hombre, y ahora ya ansío yo la verdad!... ¡Esa verdad que habéis traído a mi vida para destrozarla!... ¡Quiero saberlo todo! ¡Ya no tengo más que ansia de verdad!... ¡Sed de verdad! ¡Si me traiciona con otro, para matar, para morir..., para lo que sea!...

PEPE.—¡Cálmate, Gonzalo!

GONZALO.—¡Ni una palabra! Ocultaos ahí. Voy a hablarla. ¡Quiero la verdad!... ¡Entera! (*Llamando.*) ¡Daniela, Daniela! (*Reme y Pepe se ocultan primera izquierda.*)

ESCENA X

GONZALO y DANIELA, segunda izquierda.

DANIELA.—(*Saliendo.*) ¿Qué quieres, mi vida?

GONZALO.—Perdona que te llame.

DANIELA.—¿Cómo voy a perdonarte que me proporciones esa alegría?... ¡Encantada!... ¡Dame un beso!

GONZALO.—(*Sin dárselo.*) Siéntate aquí.

DANIELA.—¡Pero pareces agitado!

GONZALO.—¿Tú me quieres, Dani?

DANIELA.—¡Qué pregunta!... Con toda mi alma.

GONZALO.—¡Esa palabra quería oírte!... Pues oye, Dani. Si un día descubriera yo que tus promesas eran vanas, que tus juramentos eran falsos..., que tu amor era mentido... ¡Te mataría y me mataría!

DANIELA.—(*Asustada de la emoción de Gonzalo.*) ¡Por Dios!... ¡Pero, Gonzalo!

GONZALO.—Porque tú sabes cómo te quiero...

DANIELA.—(*Asustada.*) ¡Por Dios, Gonzalo, no te exaltes, que tiemblas y te vas a poner malo!...

GONZALO.—¡No me importaría morir en tus brazos!

DANIELA.—A mí, sí... Porque sólo quiero que en mis brazos te alegres... Te quiero, Gonzalo, te quiero. (*Le abraza.*)

GONZALO.—Entonces ¿por qué muchas voces agoreras y persistentes vienen a decirme al oído lo contrario?

DANIELA.—(*Alarmada.*) ¿Cómo lo contrario?

GONZALO.—¡Sí, que amas a otro!

DANIELA.—(*Dando un salto, aterrada.*) ¿Yo?

GONZALO.—¡Tú!... Que has venido a esta casa a explotarme...

DANIELA.—¡Gonzalo!...

GONZALO.—Y que tus parientes y tú sois una cuadrilla de maleantes que habéis entrado a saco, como cuervos feroces, en los restos de mi fortuna, aprovechando la disipación y el desastre de mi vida. Eso dicen. ¡Y si eso fuera cierto...!

DANIELA.—(*Airada, en un esfuerzo heroico.*) ¿Y quién ha dicho todas esas infamias?

ESCENA XI

Dichos, REMEDIOS y PEPE.

REME.—Una servidora.

DANIELA.—(*Con espanto.*) ¿Tú?...

REME.—¡Yo!

DANIELA.—¿Esa mujer?

REME.—(*Seria. Tranquila.*) Esta mujer.

PEPE.—Y un servidor. Vamos a medias.

GONZALO.—Ya lo oyes. Desmiéntelos.

DANIELA.—¡Y cómo no! Esa es una mujer despechada que quiere llevarse lo que supone que queremos nosotros.

REME.—¡Nunca! A mí no me trae interés ninguno, ni de dinero, ni de cariño. De dinero, porque no lo necesito; de cariño, porque me hace falta tanto que aquí no lo voy a encontrar.

DANIELA.—Entonces ¿a qué vienes?

REME.—Porque sé que el amor de usté es toda la alegría de este hombre, y quiero darle a usté facilidades para desmentir todas las infamias que les atribuyen.

PEPE.—La debe usté agradecer la visita.

DANIELA.—Y se la agradezco, aunque me haya obligado a ponerme frente a personajes tan inmundos que mienten y calumnian para que este hombre me maltrate y me eche de su lado.

REME.—Pues si le quiere usté tan desinteresadamente devuélvale todas las alhajas que le ha regalao sin quedarse ni una...

GONZALO.—¡No, por Dios, qué asco!

REME.—Nada de asco, que valen muchos miles de pesetas, que ya le están a usté haciendo falta...

DANIELA.—Sí, sí..., por él, por defenderle de la ruina, le daré todas mis alhajas, ¡todas!... Y si hace falta, por salvarle, daré además mi vida. Y mi alma y mi cuerpo. ¡Siga usté pidiendo!

REME.—¡Pero esta mujer!... Pero ¿qué dice?...

GONZALO.—Ya la oís. Gracias, Dani.

DANIELA.—Nada de gracias. ¿Quieren que me vaya?... Me iré. ¡Pero oídlo bien! ¡No saldré de esta casa ni arrastrada hasta probarle a este hombre el desinterés de mi cariño, de mi inmenso cariño!

ESCENA XII

Dichos, DON EVARISTO y luego NOLO.

DON EVARISTO.—(*Entra emocionado seguido de Nolo.*) ¡Bien, hija mía, bien!...

DANIELA.—¡Ven aquí, tío, ven! Y hasta que mi tío demuestre la lealtad con que ha pretendido unir los restos de tu fortuna para rehacerla y consolidarla.

DON EVARISTO.—(*Casi llorando.*) ¡Hija mía, cómo me interpretas!...

DANIELA.—Y cuando todo esto quede probado nos iremos.

GONZALO.—¡No!

DANIELA.—Sí. Nos iremos. Y tú que hablabas de traición y de muerte, si no te probamos lo que digo, en tus manos tienes la venganza. Nos matas a todos..., ¡a todos!

DON EVARISTO.—(*Aparte.*) (¡Oye: no le animes!)

DANIELA.—Pero antes echa a puntapiés de tu casa a esos granujas.

DON EVARISTO.—¡Es la mínima satisfacción que merecemos!

GONZALO.—¡Fuera de mi casa!

REME.—Sí, sí, si ya nos vamos... ¡Pero antes una palabra, por Dios! Señorito: me he equivocao, lo confieso, ¡perdón! ¡Yo creía que esta gente eran unos bandidos!... Unos bandidos nada más, pero he visto que también son unos cínicos, unos farsantes...

DANIELA.—¿Qué estás diciendo?

GONZALO.—¿Qué dices?

REME.—¡Unos criminales!... ¡Yo no sabía pelear con ellos, pero me han dao una lección, la he aprendido y volveré, y el día que vuelva, con un látigo los echará usté de aquí!... (*Jurando.*) ¡Por estas cruces!... ¡Ya sé cómo se pelea con los bandidos!

DANIELA.—¡Echalos, Gonzalo; échalos a la calle!

GONZALO.—¡Y con qué alegría! ¡Fuera de mi casa, canalla ruin!... ¡Fuera!

PEPE.—¡Que eres injusto, Gonzalo!

GONZALO.—¡No mereces otra justicia, calumniador..., envidioso!... (*Lo echa de un empujón. Se dirige a Reme iracundo y tambaleándose.*) ¡Y tú, fuera, fuera de mi casa para siempre..., bribona!... ¡Que eres una bribona!... (*La empuja y cae Reme contra un sillón.*)

REME.—(*Levantándose airada.*) ¡Si no mirara que es usté un pelele ridículo lo estrellaba ahora mismo! ¡Pero el mayor castigo es que le deje a usté en los brazos de esa perdularia! (*Lo empuja a los brazos de Dani y vase con Pepe.*) ¡Ahí va!

GONZALO.—¡Esta perdularia es mi vida! ¡Infierno y gloria a la vez! ¡Y me quiere! ¿Verdad que me quieres?... ¡No me engaña!... ¡Me quiere!... ¡Un beso, y otro, y otro!...

DANIELA.—(*Besándolo.*) ¡Siempre tuya!... ¡Siempre!

GONZALO.—(*Se desprende de sus brazos.*) ¿Lo oís?... ¡Bribones! ¡Siempre mía!... ¡Me quiere!

NOLO.—(*Que ha entrado con don Evaristo.*) ¡Y yo también le quiero a usté! (*Le abre los brazos.*)

GONZALO.—(*En su exaltación no lo nota y le abraza creyendo que es Dani. Al reconocer su error lo empuja y lo tira al suelo.*) ¡Quita de ahí, alimaña! (*Volviendo a abrazar a Dani.*) ¡Me quiere! ¡Me quiere!

TELON

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto anterior.

ESCENA PRIMERA

GONZALO y PEPE. Luego RAFAEL.

GONZALO.—(*A Pepe, que le sigue.*) Bueno, pasa, pasa con cuidado, y hablando bajito, no se percaten ésos.

PEPE.—No sabes cuánto siento, querido Gonzalo, que sea tan fácil probarte la deslealtad de esos canallas.

GONZALO.—No te importe. Probádmela y esos tipos salen hoy de esta casa en paquetes de cuarto de kilo. ¡Palabra!

PEPE.—Cálmate.

GONZALO.—No quiero. ¡Enamorarme!... ¡Confiarme!... ¡Dejar de ser tonto!... ¡Tan bien como me iba! ¡Para esta tomadura de pelo!... ¡No, no, y cien veces no!

PEPE.—¡Cálmate, Gonzalo!

GONZALO.—¡Que no quiero! ¡Hoy es un día trágico para estos miserables como yo me convenza de su infamia. ¡Por estas cruces! ¡Me han creído un pelele sin sospechar que podía ser un pelele trágico!... Pues ya verán..., ya verán... (*Transición.*) ¿Vino de Córdoba Rafael, el hijo del administrador?

PEPE.—Sí, ahí lo tienes. Llegó esta mañana. Más cerril que nunca. Está que rebuzna.

GONZALO.—La ley agraria, que hace sus efectos.

PEPE.—Espera que quieras hablarle.

GONZALO.—Dile que entre.

PEPE.—(*Llamando en voz baja.*) Rafael..., Rafael...

RAFAEL.—(*Es un gañán cordobés, bruto, pero adinerado. Muy feo de cara y bárbaro de expresión. Entrando.*) A los buenos días.

GONZALO.—A los buenos. ¿Qué tal, Rafaelillo?

RAFAEL.—Bien, pa zervir ar zeñorito.

GONZALO.—¿Y en tu casa?

RAFAEL.—Toos güenos. Mi padre con su mijilla de ruma; mi madre con su poco de asma; mi hermana con su itiricia...

GONZALO.—¿Pero todos buenos?

RAFAEL.—Toos güenos.

GONZALO.—Me alegro mucho. Oye: ¿y sabes que te encuentro mucho más fino que la última vez?

RAFAEL.—Zí, zeñó.

GONZALO.—Y menos feo.

RAFAEL.—Zí, zeñó. Como que ya en algunas casas, cuando llamo, me abren... aunque haya niños.

PEPE.—Hombre: que sea enhorabuena.

RAFAEL.—¿Y s'acuerda usté que nunca me limpiaba yo las botas?... ¡Pos místemeles ahora! (*Las enseña.*) No voy a una casa que no me las limpie en el portier del recibimento. Cuando son de terciopelo, como aquí, me las dejan como el oro.

GONZALO.—¡Caramba, hombre, muy aseao! Bueno: yo no te digo que te cubras porque no te has quitao el sombrero...

RAFAEL.—No, zeñó. M'acatarro. Er zinzombrerismo no me va.

GONZALO.—Bien, bien... ¿Y qué ha sido de vosotros?... ¡Tanto tiempo sin venir por aquí ni tu padre ni tú!

RAFAEL.—¡La ley agraria..., que nos ha empapuchao!

GONZALO.—(*A Pepe.*) ¿Ves lo que yo te decía?

RAFAEL.—¡Qué leyesita!... Ha estropea hasta las cosechas.

GONZALO.—¡Y, claro, poco aceite! ¿No?

RAFAEL.—Ni pa ensusiarse las manos. ¡Aquello ha sío un desastre! ¡Misté, publicá la ley y no saberse ya de quién era ni una

aseituna, too fué uno! ¿E tuya? ¿E mía? Y sobrevino el cao. Y ayí nos tie usté, que cogemos la aseituna y la pisamos con miedo por si es de otro.

GONZALO.—Que será, de fijo.

RAFAEL.—La mayoría e las vese.

GONZALO.—Bueno, pues nada; ya me ha dicho el señorito Pepe que te fué a ver mi administrador general.

RAFAEL.—Sí, señó; por ayí anduvo. ¡Mi mare, qué tío! ¿De dónde ha sacao usté eso?

PEPE.—Dile al señorito la clase de pájaro que es.

RAFAEL.—¿Cómo pájaro?... Retil. Y no le perdono que m'haiga jecho vení un viaje tan larguísimo de ferrocarrí, de catorse horas, ¡que he venido sufriendo de un modo...!

GONZALO.—¿Pues...?

RAFAEL.—Pos naa; que había nueve pasos a nivel en er camiño, y caa camión que veía yo por la carretera desía: "¿Ande te trincaremo?..." ¡Y le miraba con una lástima!...

PEPE.—¡Qué alma tan pura!... Pues nada, el caso es que le digas de viva voz al señorito lo que pasó con ese sinvergüenza. Porque yo supongo que tú sostendrás lo que me has escrito a mí.

RAFAEL.—¿Que si lo sostengo?... ¡Pero que con las dos manos!... Y si me desmiente... ¡La mare e Dio!... Lo trinco po er percueso, le jago asina y no quea e su persona ni una... ¡Malhaya la re...! ¡Caso en...! ¡Dita sia...! (*Sigue hablando sin que, por la ira, se le entienda una sola palabra de lo que dice.*)

GONZALO.—¡Bueno: no te atropelles, Rafael!

RAFAEL.—E que cuando me pongo nervioso me da una cosa en el habla que me cachi en la pin, gan, gon tum... (*Vuelve a los camelos.*)

PEPE.—Bueno, con calma, y di lo que pasó entre vosotros.

RAFAEL.—Pos que me escribió una carta sin sello—¡mardita zea zu vida!—, pa que tuviera que pagarlo yo, disiéndome que ar día siguiente le esperase en la estasión con un pañuelo en la mano pa que me conosiera. Con que llega la hora, agarro mi pañuelo—¡un pañuelo e sea manífico!—, lo levanto ar yegá er tren, y se viene pa mí er tío ese, me coge er pañuelo y me dise: "Hola, Rafaelillo: ¿qué ta?" "Bien, ¿y oté? ¿La familia güena?..." "M'alegro. La mía, regulá."

PEPE.—¡Y tan regular!

RAFAEL.—Conque le digo: "¿M'hace oté er favó der pañuelo?" "Ya no te jase farta", me añade; y va y se lo queda... ¡Su sangre perra! Y continúa: "Soy el administradó generá der señorito Gonzalo." "Tengo mucho gusto en conosele a oté." "Y yo a ti." "Y

aquí estamo pa servirle en lo que sea menesté." "Pues haste amigo mío, que no te pesará; sírveme en todo, que no te pesará, y coge ese baúl, que no te pesará, y llévamelo a una fonda... que no os cueste mucho." ¡Que no me pesaría, y a los dos minuto suaba por ca pelo un chorro! ¡Qué tío!... Y con una cara e Juda... ¡Vamo, que yo es que no quieo ni velo! Porque si me lo echase a la cara, e que me lo trincaba azina, y ¡zas!..., pim, pam, pum..., papiya..., que me da una furia..., que, ¡mardita zea!..., es que lo..., si yo le..., ¡la mare...! en cuanto que le... (*Vuelve a enredarse en los camelos que le produce la ira.*)

GONZALO.—Bueno: para que te emborronas.

PEPE.—Bien: y al día siguiente ¿qué?...

RAFAEL.—Pos nos fuímos a los platonales, y ayí empesó a proponerme que si de estos setecientos olivos podían ser dosiento pa ti y quinientos pa mí...; y que si de esos mil y pico podían se tresiento pa ti y ochosiento pa mí. "Entonse, ¿qué dejamo pa er señorito?", dije yo. "Pue poemo dejá la metá e los tuyos."

GONZALO.—¡Vaya matemático!

RAFAEL.—¡Sabe de número!... ¡Sabe de número!...

PEPE.—¿Oyes qué sirvengüenza?...

GONZALO.—¡Y qué necio!... ¡Porque mira que ir a enseñarle a éste y a su padre cómo se..., se aprovecha uno de...!

RAFAEL.—¡Le digo a oté que era pa habelo matao!

GONZALO.—Quererte enseñar a ti a..., ¡siendo hijo de adminisdor de nacimiento!... ¡Vamos!...

RAFAEL.—¡Es que hay cada primo!...

GONZALO.—Bueno: pues a escape te bajas a la portería y aguardas por si hay que carearte con ese tío.

RAFAEL.—Lo que oté mande.

PEPE.—Pues para abajo, y silencio... Que vas a ver hoy cosas muy sabrosas aquí.

GONZALO.—Calla, que parece que se oyen...

PEPE.—Pues vamos, que no se aperciban de nada.

GONZALO.—Vamos..., ¡mira que quererte enseñar a ti a...!

RAFAEL.—Caye oté, que es que, ¡mardita zea!..., me caso..., le trincaba así..., y, ¡zas!..., pim, pam, pum..., ¡su vía perra!... (*Vase renegando primera izquierda detrás de Pepe y Gonzalo.*)

ESCENA II

DON EVARISTO y NOLO.

(Salen por la puerta izquierda del foro, de puntillas y con caras consternadas.)

NOLO.—Bueno, papá: esta casa está tomando un aspecto de hostilidad como para irse sin volver la cara.

DON EVARISTO.—Lo mismo he controlao yo. Antes circulábamos libremente por toda ella, y ahora vas a entrar en una habitación y la encuentras cerrada, oyendo la voz de Gonzalo, que rechina detrás de la puerta como un cerrojo: "No se puede."

NOLO.—Ese joven está más dudoso que un duro con hoja.

DON EVARISTO.—Controlo y ratifico... tus observaciones. He percibido varios síntomas alarmantes. Ese mequetrefe ha dejado de beber, habla menos que un loro en la muda... y, ¡constérnate si te es posible!...., ayer pasó la tarde manejando pistolas y ensayando su funcionamiento.

NOLO.—¿Muchas?

DON EVARISTO.—Unas treinta y dos.

NOLO.—¡Repeine! ¿Estará complicao en el alijo de armas?...

DON EVARISTO.—El año pasao veraneó en San Esteban de Pravia. No te digo más.

NOLO.—Yo ya venía notando el cambio en la alimentación. Aquí se comían antes unos menuses de una opiparantez que las perdices daban fiato. Y anoche, cuando yo esperaba que nos sirvieran el menú suculento que usté le encargó a la cocinera, me encontré que nos servían unas sopas con tres ajos, y el que usté les añadió, cuatro, y luego nos endilgaron unas chuletas que parecían señoritas a régimen: no tenían más que huesos.

ESCENA III

Dichos y DANI, primera izquierda.

DANIELA.—*(Que ha salido con cierto temor.)* ¿Vosotros?... ¡Me alegro!

DON EVARISTO.—¿Qué pasa?

DANIELA.—¡Estoy consternada!

NOLO.—¿Pues?...

DANIELA.—¡Ay, tío, que este hombre lleva una pistola en cada bolsillo!

DON EVARISTO.—(*A Nolo.*) ¿Lo oyes?...

DANIELA.—Y me ha dicho que está en plena ruina, y que se va a matar, y quiere que yo, que soy la única persona que le adora, le acompañe en este último y sempiterno viaje.

NOLO.—¿Ha oído usté?... "¡Sempiterno!"

DANIELA.—Y una servidora no quiere bromas.

DON EVARISTO.—Ten calma, hija.

DANIELA.—¿Cómo calma?... Eso se lo dice usté a un día de aire. Yo no me espero ni un segundo.

NOLO.—Ni yo.

DANIELA.—Yo me llevo en el maletín doce o catorce mil duros en alhajas y me doy por pagada y satisfecha. A mí me divertía la aventura. ¿Pero jugarse la pellejita con un pelele enloquecido porque se ha enamorao?... ¡Quia! Una servidora no oye la detonación, eso se cae de viejo.

NOLO.—Ni un servidor tampoco la oye, papá. Yo ya tengo preparao lo mío. Me llevo poco: dos maletas, pero van a tener más lucimiento que Belmonte.

DANIELA.—Con que de prisa, tío; prepararse, que me ha dicho que va a salir, y yo, cuando trasponga los umbralitos, salgo picando detrás de él en un taxi.

DON EVARISTO.—Bueno, pues nada; voy a hacer un crucero por mi mesa de despacho y a sacar de su escondrijo seis obligaciones del cinco por ciento amortizable, serie C, importantes veinticinco mil pesetas que tenía Gonzalo perdidas en un armario, y de las que, seguramente, no se ha dao cuenta. Y luego, la del humo.

DANIELA.—Mucho cuidao. Todos los preparativos con discreción, que no se note la fuga. (*Atiende.*) Está la casa en un silencio alarmante. Vamos. (*Salen los tres de puntillas.*)

ESCENA IV

REME, GONZALO y PEPE.

PEPE.—(*Todo en voz muy baja.*) ¿Oíste?...

GONZALO.—¡Más de lo necesario!... ¡Miserables!... ¡Soy un necio!

REME.—(*Muy seria.*) Sí, señor.

PEPE.—¿Y tú, Reme?...

REME.—He venido a cumplir mi promesa. Hace más de media hora que estoy escondida. De aquí no salen sin llevarse un recuerdo amargo de su infamia.

GONZALO.—¡Sobre todo ese tío cínico!

REME.—Y la sobrinita, que no es menos tía que el tío.

GONZALO.—No; a ella la desprecio, la olvido, la perdono.

REME.—¡Yo no! Que me dijo que yo quería para mí lo que usté le daba a ella. Y yo le quito de la cabeza esa idea y dos o tres mechones si se pone tonta.

GONZALO.—Tú harás lo que yo te mande.

REME.—Yo haré lo que me mande mi conciencia; que ya no tengo más amo de mí que mi corazón. ¡Que aunque está dentro de mí, que soy una pobre desgraciada, está contento porque está en un sitio honrao!

PEPE.—Bueno: pero ¿qué pretendes?

REME.—Poco. Cerrar las puertas, que ya lo tengo hecho... Aquí están las llaves de la puerta exterior y de la interior, y que no puedan salir de esta casa ninguno de los tres hasta que salgan escarmentaos uno a uno.

GONZALO.—¡No, no! ¡Eso, no; de ninguna manera!

REME.—Sí; eso, sí... Esa mujer no saca de esta casa ni una sola de las alhajas que guarda en el maletín... ¡Que saque las narices y ya va servida!

GONZALO.—¡Que te digo que no! Que no me permite mi delicadeza...

REME.—Déjeme usté a mí, que no la tengo. Al menos, como usté.

GONZALO.—Bueno, Reme: no seas cerril. Yo te ruego.

REME.—No me ruegue usté nada. Ya los he encerrao. Los voy a escarmentar, y luego los soltaré.

PEPE.—Después de todo tiene razón. Déjala.

REME.—Silencio, que se oyen pasos.

GONZALO.—Dani que viene.

REME.—Como anillo al dedo. Pues déjenme ustés sola con ella.

GONZALO.—Pero yo no quisiera...

REME.—No hay remedio. Me conviene que usté nos oiga. Así quedará tranquila su conciencia y la mía.

PEPE.—Vamos, vamos, que está ahí. (*Se lo lleva foro izquierda. Gonzalo sale resistiéndose.*)

ESCENA V

REMEDIOS y DANIELA.

DANIELA.—(*Sale como para irse, con traje de calle, sombrero puesto y un maletín en la mano.*) No se oye nada. Debe haberse ido ya. ¡De verano! (*Va a salir por la puerta exterior, que está a la derecha. A poco entra, sorprendida e inquieta.*) Esta puerta está cerrada. ¡Y cerrada con llave! ¡Qué extraño!... Me iré por la puerta interior. (*Sale primera izquierda.*)

REME.—(*Asomándose.*) ¡Que te crees tú eso!...

DANIELA.—(*Con gran pánico.*) ¡Cerrada también!... ¡Mi madre!... ¡No me explico!... ¿Pero qué es esto?...

REME.—(*Apareciendo.*) Nada; que han echao la llave.

DANIELA.—¿Usté aquí?

REME.—Pa servir a usté. Sí, señora.

DANIELA.—¡Ah, vamos! ¡Una encerrona!

REME.—Una precaución. Porque hubiera estao muy feo que una que va vestida de señorita como usté se hubiera ido de una casa como esta sin despedirse.

DANIELA.—Eso es cuenta mía.

REME.—¡Hay que ser finas, hija!

DANIELA.—Bueno: ¿va a durar mucho esta broma?

REME.—Lo que usté quiera: mucho o poquito.

DANIELA.—¿De qué depende?

REME.—De lo que tarde usté en dejarse aquí ese maletín.

DANIELA.—(*Aterrada.*) Este no lo dejo yo aquí ni muerta.

REME.—¡Paece mentira, con lo viva que es usté, que no piense que no hay otro remedio!

DANIELA.—¡No, no lo dejo porque todo lo que hay aquí dentro es mío!

REME.—¿Suyo?

DANIELA.—¡Mío!

REME.—(*Riendo.*) ¡Jajay!... ¿Pero usté le llama suyo a lo que roba?... Porque too lo que hay ahí se lo han dao a usté a cambio de un cariño y de una lealtá que usté ha fingido pa poderlo timar.

DANIELA.—¡Mentira!...

REME.—Bueno: deje usté el maletín ahí encima.

DANIELA.—¡Y dale! ¡Que no lo dejo!... ¡Todo lo que hay aquí es mío! ¡Mío!

REME.—Y too lo que hay en mi voluntá es mío también. Y lo que hay en mi voluntá—pa que usté lo sepa—es la idea firme de que no roben a este hombre. Que no quiero que se quede en la miseria. Ni quiero que, ya que le ha quitao usté la gana de vivir, le quite usté lo poco que le queda. De manera que usté se deja eso en esta casa como yo me dejé la honra en ella, ¡y aún no me la he llevao! ¡Con que venga eso!

DANIELA.—Le advierto a usté que a mí una mujer no se me impone.

REME.—¡Yo, sí!

DANIELA.—¿Me va usté a pegar?

REME.—Lo que haga falta. Que no, mejor. Que sí..., ¡pobre de usté!... Y no es que sea valiente. Es que soy así, ¡como soy!... Pa mí tie que ser lo que a mí me parezca que es justo. A buenas o a malas. ¡Como sea!

DANIELA.—¡Usté es una necia!

REME.—Puede. ¡Pero usté no roba a este infeliz!

DANIELA.—Bueno, pero, hija: ¿usté qué idea tiene de los hombres?

REME.—Ninguna. Que es la mejor.

DANIELA.—¿No la han querido a usté?

REME.—No; he querido yo sola, que es la mitá na más, y me ha sobrao.

DANIELA.—Pues yo he querido a muchos.

REME.—Eso es menos que lo mío.

DANIELA.—¿Menos?

REME.—Sí; porque yo estoy en que en eso de querer a los hombres, cuantos menos, más; cuantos más, menos.

DANIELA.—No la entiendo a usté.

REME.—¡Toma, ya me lo figuraba!... Porque, vamos, usté es...

DANIELA.—¿Qué va usté a decir?

REME.—Nada malo.

DANIELA.—Por si acaso. Yo soy como la vida me ha hecho. ¿Una perdularia?... ¡Quizá!... Pero ¿es que merecen más estos hombres?... ¿A quién ha querido él?... A nadie. ¿Qué culpa tengo yo que se haya enamorado de mí?... ¿Cree usté que yo estoy en esta mala vida por mi gusto?... Pues como me hicieron sufrir a mí antes le he hecho yo sufrir ahora. En estas cosas del querer nos vamos vengando unos de otros. Con que ábrame esa puerta, que me quiero ir de esta casa.

REME.—Pues déme usté el maletín.

DANIELA.—¡Y dale! Cabezona sí que es usté.

REME.—Tengo esa suerte. Venga.

DANIELA.—¿Y esto no es robar?

REME.—Puede. Pero el que roba al que roba, no roba. ¡Trae aquí, gandula!

DANIELA.—¡Que lo suelte!... ¡Vaya!... ¡Que no!

REME.—¡Verás si lo sueltas, ladrona! (*Luchan, forcejean y Reme se apodera del maletín y tira a Dani, vencida, contra un diván.*) ¡Y ahora, vete! (*Le abre la puerta.*) ¡Vete de esta casa!

DANIELA.—Pues como esto es un robo, vendré con la policía, y ya veréis si me dais el maletín... ¡Ladrones! Ese memo y tú vais a la cárcel, ¡por éstas! (*Vase.*)

ESCENA VI

REMEDIOS y GONZALO.

GONZALO.—(*Que sale foro izquierda.*) ¡Trae, trae!... ¡Me repugna oírla! (*Coge el maletín.*)

REME.—¡Pero...!

GONZALO.—¡Quiero pagarle su engaño para sentirlo del todo!... (*Le tira el maletín.*) ¡Dani!... ¡Cara es la broma, pero ahí va el precio! ¡Se va haciéndome el elogio que merezco!

REME.—¡Es una bribona!

GONZALO.—No. ¡Es una mujer que hace justicia a un necio!

REME.—¡Señorito!

GONZALO.—A un imbécil. Las bribonas, cuando dejan de decir las grandes mentiras, dicen las grandes verdades.

REME.—¡Calle usté, que viene don Eva!

GONZALO.—¡Ah, pues éste no se me va! ¡Me lo reservo para mí!... ¡Con éste voy a saciar mi venganza!...

REME.—¡Por Dios!...

GONZALO.—A éste lo escarmiento yo. ¡Pero para toda su vida!

REME.—No, no...

GONZALO.—Sí... Déjame. Ocúltate un instante. (*Reme se oculta lateral derecha. Gonzalo, semioculto, aguarda la salida de don Evaristo.*)

ESCENA VII

GONZALO y DON EVARISTO, que sale de puntillas, segunda izquierda, con unos paquetes en la mano.

DON EVARISTO.—(*Muy contento. Llamando.*) Dani..., Dani... ¡Otras tres obligaciones en otro cajón, pero estas son de la serie B! De dos quinientas. ¡No vamos a salir mal, no! (*Repasándolas.*) Tres de dos quinientas y cinco de cinco veinticinco... ¡Total, treinta y siete!... ¡No vamos a salir mal, no!... Serie B... Serie C...

GONZALO.—Felices y bursátiles.

DON EVARISTO.—(*Aterrado.*) Don Gon... Don Gon...

GONZALO.—Usté siempre lo mismo. Cumpliendo con "mis" obligaciones.

DON EVARISTO.—Hombre..., eso..., yo..., mi respetable don Gon..., don Gon..., don Gon...

GONZALO.—¡Cálmese y no tartamudee!

DON EVARISTO.—No; si no tartamudeo; es que la...

GONZALO.—Con permiso de usté voy a cerrar... (*Cierra las puertas.*)

DON EVARISTO.—No, por Dios, no cierre usté, que precisamente en este momento tengo que salir a un asunto urgente.

GONZALO.—Usté ya no tiene nada urgente que hacer en este mundo...

DON EVARISTO.—(*Asustado.*) ¡Don Gonzalo!...

GONZALO.—Ni yo tampoco. Tenemos que hablar.

DON EVARISTO.—¡Sin embargo, mi amable y prohibitivo don Gonzalo, yo le ruego que me permita trasponer...!

GONZALO.—Inútil. Usté no traspone nada. He dicho que tenemos que hablar.

DON EVARISTO.—Si es breve...

GONZALO.—Un tiro.

DON EVARISTO.—(*Aterrado.*) ¡Caray!

GONZALO.—¿Se ha asustado usted?

DON EVARISTO.—No; pero, vamos, en esta época de pistolerismo está uno que..., oye "un tiro", y aunque lo oiga en voz baja se amedrenta, la verdad.

GONZALO.—Bueno, pues no se alarme todavía.

DON EVARISTO.—¿Cómo todavía?

GONZALO.—Conque siéntese y oiga atento el gravísimo asunto que voy a comunicarle.

DON EVARISTO.—Pues nada... Usted dirá. (*Se sienta.*)

GONZALO.—Don Eva..., deme usté un abrazo...

DON EVARISTO.—Sí, señor, con muchísimo gusto. (*Se abrazan y se vuelven a sentar.*)

GONZALO.—Don Eva, usted no ignora mi verdadera situación. ¡Estoy arruinado!

DON EVARISTO.—En efecto... Pero...

GONZALO.—Gracias a usted he podido salvar esas obligaciones. (*Se las quita y las guarda.*)

DON EVARISTO.—Sí, en efecto...

GONZALO.—¡Qué bueno ha sido usté para mí!... Deme usté otro abrazo.

DON EVARISTO.—Sí, señor, con muchísimo gusto. (*Se abrazan y se sientan.*)

GONZALO.—¡Pero esto no me basta! Para mí, acostumbrado a la opulencia, la ruina es la negación de todos los atractivos de la vida. ¡Usted sabe que yo no tenía más salvación que el amor de Dani!... Puen bien... ¡Atérrese usted!... Dani acaba de huir de mi lado.

DON EVARISTO.—(*Levantándose presurosamente.*) ¡Cómo, esa chiquilla!... ¡Abandonarle a usted!... ¡Ah, no, no!... ¡Ahora mismo voy por ella! (*Trata de ganar la puerta.*)

GONZALO.—(*Deteniéndolo y sentándolo violentamente.*) ¿Ya, para qué?... ¡El daño que me ha hecho..., hecho está! !

DON EVARISTO.—(*Se lleva las manos a los riñones con un gesto de dolor.*) ¡Por el mío lo juzgo!

GONZALO.—Y como con esta fuga se han roto todos los lazos que me unían a una existencia dichosa, he resuelto... (*Llorando afectadísimo.*) ¡¡He resuelto matarme ahora mismo!!

DON EVARISTO.—(*Espantado.*) ¡Don Gon..., don Gon...! Supon..., supon..., supongo que eso será una broma...

GONZALO.—No, señor; es una trágica realidad. ¡Me voy a quitar la vida!

DON EVARISTO.—¡Quia, hombre; usté no se quita nada! ¡Qué locura!... ¡Matarse por el miedo a la pobreza un hombre lleno de juventud y de energía!... Ahí tiene usté el trabajo, santa y regeneradora virtud... Usted puede trabajar.

GONZALO.—Ya lo sé. Pero es que no quiero.

DON EVARISTO.—Sí, claro, me lo explico.

GONZALO.—¡Ya me figuraba yo que usted se lo explicaría!

DON EVARISTO.—Sin embargo, como resolución extrema...

GONZALO.—¿Usted ha trabajado alguna vez?

DON EVARISTO.—Hombre, yo..., le diré a usted...

GONZALO.—Me dirá usted que sí, pero es mentira. Y si usted no ha trabajado nunca, ¿cómo se atreve a aconsejar a nadie semejante estupidez?...

DON EVARISTO.—Sí, en efecto; pero, vamos... ¡Yo, en mi afán de disuadirle a usted de esa locura!...

GONZALO.—¡Gracias, don Eva, gracias! En el fondo, ¡qué bueno es usted!... ¡Otro abrazo! (*Se abrazan.*) ¡Pero esta locura es irremediable!... ¡Me voy a matar ahora mismo! ¡Y en este tenebroso y sempiterno viaje no tengo más que un consuelo!...

DON EVARISTO.—¿Cuál?

GONZALO.—(*Le abraza llorando.*) ¡Que me va usted a acompañar!

DON EVARISTO.—¿Yo?... ¡Quia, hombre!... Yo no puedo... Tengo que ir a Murcia a un asunto...

GONZALO.—Ya sabe usted que el viaje es muy largo, y a mí no me gusta ir solo a ninguna parte.

DON EVARISTO.—Pues no sabe usté cuánto siento yo que mis ocupaciones no me permitan tener el gusto..., digo el disgusto... Conque, don Gonzalo, con permiso..., tenga la bondad de abrirme... Yo soy un enfermo, y estos espectáculos...

GONZALO.—Nada, nada; usted se viene conmigo.

DON EVARISTO.—¿Y si fuera a despedirle nada más?...

GONZALO.—¿A despedirme?... Miserable... ¡Y esto es en serio!... Vienen ustedes con una estafa preconcebida a mi casa, a robarme, a burlarme, a hundirme en la desesperación y en la miseria, y cuando me ve usté arruinado y perdido quiere usté que me mate yo solo... ¡No, y cien veces no! ¡Usted muere conmigo!

DON EVARISTO.—¡Por Dios, don Gonzalo!

GONZALO.—Aquí tiene usted la pistola, papel y pluma. Escriba usted unas líneas al juez...

DON EVARISTO.—¡Don Gonzalo, que no lo trato!

GONZALO.—Tres minutos tiene usté de tiempo para suicidarse.

DON EVARISTO.—Que no sé suicidarme; que no tengo costumbre... ¡Mátese usté primero, que yo vea cómo..., y luego...!

GONZALO.—¡Péguese usté un tiro en el corazón!

DON EVARISTO.—¡Es que no sé dónde lo tengo!

GONZALO.—Yo se lo pegaré.

DON EVARISTO.—¡No, no, por Dios!... ¡Si no sé yo dónde lo tengo cómo lo va usted a saber!...

GONZALO.—Es inútil luchar; está usté condenao a muerte.

DON EVARISTO.—¡Pero no olvide usted que la pena de muerte está abolida!

GONZALO.—¡Pero yo no la abolo, digo no la abuelo..., bueno, como se diga!... ¡Conque se mata usté, o... (*Le apunta y se le dispara el tiro.*) ¡Muere cobarde!...

DON EVARISTO.—(*Huyendo desesperadamente.*) ¡No, por Dios! ¡Socorro!... ¡Que me quieren suicidar!...

GONZALO.—¡A la calle, ladrón! (*Le abre la ventana.*)

DON EVARISTO.—¡Transeuntes, que me matan! (*Se tira de un salto a la calle.*)

GONZALO.—(*Riendo.*) ¡Bandido! ¡El susto que lleva es como para una apoplejía!

ESCENA VIII

GONZALO y REMEDIOS. Aparece foro izquierda.

REME.—¡Qué saltito ha dao!

GONZALO.—¡Hola!... ¿Tú?

REME.—¿Qué?... ¿Se ha hecho mucho daño?

GONZALO.—No; ha roto con la cabeza una baldosa de la acera. Pero ya se está poniendo de acuerdo con el municipal para reponerla.

REME.—¿La cabeza u la acera?

GONZALO.—Las dos cosas.

REME.—Ya habrá usté visto qué buenas personas, ¿eh?

GONZALO.—¡Sí, ya lo he visto!... He estado ciego, Reme, ciego del todo.

REME.—Corto de vista naa más.

GONZALO.—Bueno, ¿y después de esta algarabía, tú, qué?

REME.—Yo, nada.

GONZALO.—¿No se te ocurre nada?

REME.—No, señor.

GONZALO.—¿Qué vas a hacer?

REME.—Irme a la calle.

GONZALO.—Pero antes de irte ¿no tienes nada que decirme?

REME.—No, señor. Porque yo, cuando acabo de decir too lo que tengo que decir ya no sé qué decir. Además, lo que ha pasao en dos años. ¡cómo se lo voy a decir en una tarde!

GONZALO.—¡En un minuto se dice todo lo de una vida!

REME.—Será por la radio. (*Pausa.*)

GONZALO.—Ven aquí, Reme.

REME.—¿A dónde?

GONZALO.—Aquí... (*Da un paso hacia él.*) Más cerca... (*Otro paso más corto.*) Más...

REME.—Es que yo no sirvo pa estar cerca.

GONZALO.—¿Por qué?

REME.—¡Porque me agobio y me da vergüenza, vaya!

GONZALO.—No importa. ¡Acércate más! (*La atrae. Ella se resiste.*)

REME.—Que me da reparo.

GONZALO.—No mientas.

REME.—Bueno, pues no me da reparo, pero me parece mal.

GONZALO.—¿Por qué?

REME.—Por si entrara alguno.

GONZALO.—¡Mira la tonta!... ¿Y si no entrara ninguno?

REME.—Entonces ¿por qué me iba a parecer mal?

GONZALO.—(*La abraza.*) ¡Qué tarde conoce uno el bien que le rodea!... Tú eres una mujer muy buena, Reme.

REME.—¡Como las demás!

GONZALO.—No; tú no puedes ser como esas mujeres que has visto pasar por aquí.

REME.—¡Pero es que les llaman ustedes mujeres a unas cosas!...

GONZALO.—Bueno, y tú, ¿qué aspiraciones tienes en la vida?

REME.—La mejor. Ponerme a servir con señoras solas.

GONZALO.—Pues piensa en un señor solo, por si acaso...

REME.—¿Un señor solo, y además pequeñito, y además delgadito?... ¡Es poco!

GONZALO.—¡Ay, Reme!... ¿Y si yo te dijera que te quiero?...

REME.—Me lo creería; porque me ha dicho usté tantas veces que no y me lo he creído, que pa una vez que me dice usté que sí me da pena no creérmelo.

GONZALO.—Oye, ¿y no has pensado tú en alguna ocasión que un día. andando el tiempo, puedo yo volverme loco?...

REME.—¡No, porque ningún tonto se vuelve loco, y usté se ha vuelto tonto más veces!...

GONZALO.—Pues sí, volverme loco, y decirte que quiero casarme contigo.

REME.—¡Huy, Santo Dios! ¡No, eso sí que no! ¡Qué cosa más fea! ¡Casarse con la criada! ¡Eso sí que no se lo consiento yo a usté!

GONZALO.—¡Pues así acaban todos los calaveras!

REME.—Y por eso la gente se ríe de ellos. ¡Pero de usté no se ríen, no! ¡Y por mi culpa, menos! Usté debe mirar si encuentra una señorita que le haga feliz, que es lo que yo quiero.

GONZALO.—¡Embustera! ¡Tú qué vas a querer eso!

REME.—Sí, señor; palabra. ¿Quie usté que se lo jure?

GONZALO.—No, porque no quiero que tengas que añadir un Padrenuestro a la penitencia el día que te confieses. Bueno, ¿y si no encontrara a esa señorita?

REME.—Entonces..., aquí está la criada..., pa servir a usté.

GONZALO.—Aquí está la criada, y estará mientras viva.

REME.—No, por Dios!

GONZALO.—Sí, Reme, sí. Yo sé lo que me hago.

REME.—Lo sabrá usté ahora, porque antes no lo ha sabido.

GONZALO.—Nunca es tarde si la dicha es buena. Ven aquí.

REME.—¿Qué quiere usté?

GONZALO.—Darte un beso. (*La besa.*)

REME.—¡Señorito!

GONZALO.—¿Verdad que no es tarde?... (*Le da otro.*) ¡Para mí ahora empieza a amanecer!... (*Se besan los dos con un beso largo.*)

ESCENA IX

Dichos y PEPE, primera izquierda.

PEPE.—¡Buen provecho!

REME.—¿Por qué no va usté al Capitol, que estrenan película?

PEPE.—¡Muy bien, hombre, muy bien! ¡Concesiones al proletariado!... ¡Bravo, chico! ¡Ese final es de una ejemplaridad magnífica!

GONZALO.—¡Ay, Pepe! ¡Arruinado, solo, triste!... ¿Qué voy a hacer, si no encuentro apoyo más que en lo humilde y en lo abnegado?

PEPE.—¿Y qué?... ¡No te apures! Eramos unos sinvergüenzas, ¿qué nos había de pasar?... Pero hagámonos personas decentes, Gonzalo; verás qué bien nos va.

GONZALO.—Y siquiera que seamos dos.

PEPE.—Los tiempos han cambiado, chico. Los señoritos hemos de trabajar, pero trabajar en serio. Y que nosotros no tenemos comité paritario. Nada de jornada mínima ni jornal máximo. Nada de Marx ni de menos. O trabajamos de verdad o nos morimos.

REME.—No tién ustés derecho ni a ser paraos.

ESCENA X

Dichos y NOLO.

NOLO.—(*Sale segunda izquierda; lleva un gabán de señora con trabilla y cuello de piel, unas medias con calcetín de sport y un gorrito ridículo de esquiador.*) ¿Me permiten ustedes? ¿Por dónde se sale a la calle?... ¿Me hacen el favor?... Porque voy de puerta en puerta... y no...

PEPE.—¡Hola, joven!

REME.—El pollo de la mancha.

GONZALO.—Y qué elegante va usted.

NOLO.—Pues me han vaciado las maletas, y he tenido que ponerme un gabán de mi prima, unas medias de mi padre, un gorrito de una tía y unos calzoncillos que no se los enseño a ustedes...

LOS TRES.—¡No, no!...

NOLO.—¡Porque no los he encontrao!

PEPE.—Entonces ¿qué lleva usted debajo del gabán?

NOLO.—¡Un cuidado especial en que no se me abra!

GONZALO.—Dale mis trajes, Reme, dale mis trajes...

REME.—Sí, hombre, sí...; ¡aquí los tiene usté! (*Se los da.*)

NOLO.—Pues muchas grasas, digo muchas gracias. La facturita de la bencina, ¿a quién se la mando?

GONZALO.—¡Vaya usted a la calle!

PEPE.—¡Fuera!

REME.—¡Y lo que siento es que no te he podido quitar los seis kilos que has engordao!... ¡¡Bribón!!...

GONZALO.—Y ahora, a rehacer la vida. ¡A trabajar! Tenéis razón. Esto ha sido como una riada, que viene el agua y lo arrastra todo. No queda a nuestro lado más que lo que tiene raíces muy hondas y puede aguantar el ímpetu de la corriente.

REME.—A usté le han quedao una criada y un granuja. Menos da una piedra.

PEPE.—¡Mujer, lo dices de una manera tan ordinaria!... En vez de decir una criada y un granuja debes decir: a usted le ha quedao un amor y una amistad.

REME.—Un amor pobre, miserable, humilde, ordinario..., ¡pero verdadero!... Eso sí.

PEPE.—Y una amistad necia, inútil, ¡pero leal!... Eso también.

GONZALO.—Pues quien haya sido en su vida un pelele ridículo y haya consumido el largo de sus horas en necias tragedias y en farsas repugnantes, si al final saca a flote un amor y una amistad, ¿de qué se queja?...

TELON

FIN DE LA OBRA

AS

REVISTA SEMANAL DEPORTIVA DE "Editorial Estampa"

REDACCION: PASEO DE SAN VICENTE, 18.
MADRID

APARTADO 8094. — TELEFONO 18340

PRECIOS DE SUSCRIPCION

ESPAÑA: Semestre, 6,50 pesetas. Año, 12 pesetas.

AMERICA, FILIPINAS y PORTUGAL: Semestre, 7 pesetas. Año, 13 pesetas.

EXTRANJERO: Semestre: 12 pesetas. Año, 23 pesetas.

LA FARSA

Publicación semanal
de obras de teatro

Las obras más interesantes
Las de más prestigiosos autores
Las que más expectación hayan despertado.
Las encontrará usted en

Precio del ejemplar
50
céntimos

LA FARSA

EDITORIAL ESTAMPA

Paseo de San Vicente, núm. 18

M A D R I D

Dos escenas de la obra

La tragedia del pelele

Foto Contreras y Vilaseca

0407

LA FARSA

PUBLICA LAS OBRAS ESTRENADAS CON ÉXITO EN LOS TEATROS DE MADRID

50 cénts.

Editorial Estampa
Paseo de San Vicente, 18.

Rivadeneyra, S. A.—Madrid.